

Traducción de
EDUARDO L. SUÁREZ

JEFFREY HERF

EL MODERNISMO REACCIONARIO

Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich



COLECCIÓN

POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

23712

Primera edición en inglés. 1984
Primera edición en español (FCE, México). 1990
Primera reimpresión (FCE, Argentina). 1993

A mis padres

DD 238.

,H49

1973

cg 2

Título original :

*Reactionary Modernism. Technology, culture, and politics in
Weimar and the Third Reich*

© 1984, Cambridge University Press, Cambridge
ISBN 0-521-33833-6 (pbk.)

D.R. © 1990, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S.A. DE C.V.
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D.F.

D.R. © 1993, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Suipacha 617; 1008 Buenos Aires

ISBN : 950-557-171-2

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

PREFACIO

Con este estudio de la manera truncada y paradójica como la Derecha alemana incorporó la Ilustración, deseo acentuar las contribuciones positivas de la Ilustración a la vida moderna. Los avances científicos y tecnológicos de Alemania ocurrieron sin el beneficio de una tradición vital de liberalismo político. Sin embargo, muchos observadores concluyeron que la maldad de Hitler tenía sus orígenes en un exceso de razón, opinión que se encuentra detrás de gran parte del pesimismo cultural contemporáneo. Pero la razón de la Ilustración significaba más y algo distinto de la racionalidad de medios a fines del terror burocrático. No es la Ilustración, sino su incorporación inadecuada y parcial a la sociedad alemana, lo que debe condenarse... y entenderse.

Este estudio pretende ser también un recordatorio de que las ideas importan, y más específicamente que las explicaciones simplistas de las causas y las consecuencias del cambio tecnológico pueden tener y han tenido peligrosas consecuencias políticas. En un periodo en que las democracias occidentales están afrontando los retos de la tercera revolución industrial de computadores y telecomunicaciones, un estudio de la

respuesta alemana a la segunda revolución industrial tiene cierta importancia contemporánea. Ahora, muchos intelectuales de Alemania Occidental y de Occidente en general se sienten menos entusiastas acerca de las perspectivas ofrecidas por los cambios tecnológicos que los modernistas reaccionarios. Pero la desconfianza de la razón y la inclinación a dotar a la tecnología de cualidades que no posee, mientras se permanece en gran medida ignorante de sus características técnicas inherentes, continúa afectando las relaciones entre la tecnología y el alma.

Al redactar este libro, no pude dejar de advertir la semejanza existente entre el modernismo reaccionario y los fanatismos bien dotados en términos tecnológicos y financieros del Tercer Mundo. Durante los años sesenta se popularizaron las críticas a la aplicación de la experiencia europea al mundo no occidental. Aunque el Occidente es peculiar, los acontecimientos contemporáneos del Tercer Mundo sugieren que, como señalara hace casi 20 años Ralf Dahrendorf, Alemania sigue siendo la primera nación nueva que muestra su futuro a las naciones menos desarrolladas. Mientras el nacionalismo siga siendo una fuerza potente, seguiremos afrontando algo semejante al modernismo reaccionario. Las perspectivas de un mundo mejor no mejorarán por una alianza antiliberal entre los intelectuales occidentales que han perdido la fe en la Ilustración y los intelectuales de las naciones en desarrollo

que erradamente equiparan la modernidad sólo con la tecnología.

Este libro es un estudio de una tradición cultural y su efecto sobre la política, dos dimensiones del análisis histórico y social que con frecuencia han estado separadas en las ciencias sociales últimamente. A pesar de la jactancia de los defensores recientes del análisis "estructural", los hechos nos regresan a la concepción de que las ideas políticas y las tradiciones culturales no son menos importantes que las estructuras de clases o Estados. Todo estudioso serio del nacionalsocialismo deberá considerar el olvido del significado y la intencionalidad en la política, por parte de las ciencias sociales, como una repetición de las ilusiones de la República de Weimar que Hitler explotara con tanta eficacia.

Cuando empecé este estudio, aspiraba a demostrar la utilidad de las categorías centrales tomadas de la teoría crítica de la sociedad de la escuela de Francfort para explicar los desarrollos históricos y políticos. Pero al escribir el libro me convencí de que la teoría que impulsó la investigación estaba profundamente errada. La idea de la dialéctica de la Ilustración de Theodor Adorno y Max Horkheimer, así como las opiniones de Herbert Marcuse sobre la tecnología y la sociedad, ofrecían una riqueza de ideas y cuestionamientos sin los cuales no habría surgido mi interpretación del modernismo reaccionario. La controversia que rodeó a las concepciones de Marcuse sobre la tecnología y la so-

ciudad fue un importante punto de partida de este libro. Irónicamente, gran parte de las concepciones que contiene este ensayo interpretativo surge de mi lucha con ideas que ya no me parecen convincentes. El lector deberá decidir si he podido o no ver más allá parándome sobre los hombros de estas figuras. Pero mi deuda con los críticos teóricos sigue siendo importante.

He recibido apoyo, críticas e inspiración de muchas personas en el curso de este estudio. Este libro apareció primero como una tesis en el Departamento de Sociología de la Universidad Brandeis. Kurt Wolff fue el director de la tesis y como tal me ofreció cálido apoyo, comentarios críticos y aliento para un estudio de la relación existente entre la cultura, la sociedad y la política. Egon Bittner, quien también supervisó la tesis, formuló penetrantes interrogantes acerca del papel de la tecnología en las sociedades modernas, que me obligaron a enfocar mejor la cuestión. Paul Breines, también miembro del comité de tesis, aportó sus conocimientos considerables sobre el radicalismo cultural en Europa Central, así como su amistad y su apoyo durante muchos años. Carmen Sirianni formuló perspicaces comentarios sobre la tesis que resultaron útiles cuando la expandí para abarcar los últimos años del Tercer Reich.

George Mosse me introdujo al estudio de la historia, la cultura y la sociedad modernas de Europa; me ofre-

ció su aliento, sabiduría y amistad durante muchos años; y formuló comentarios sobre el manuscrito anterior. Los interrogantes planteados por sus estudios acerca de los orígenes de la ideología nazi constituyeron uno de los puntos de partida cruciales de esta obra. Anson Rabinbach comentó el manuscrito, inspiró algunas de sus partes con su propia obra sobre el nacionalsocialismo, la teoría social, y la historia social y cultural de la Europa moderna, y discutió los grandes temas del libro ampliamente durante muchos años. Estoy agradecido por su amistad perdurable y su apoyo que han ayudado a la elaboración de este libro.

Quiero agradecer el apoyo financiero del Servicio de Intercambio Académico Alemán para la investigación que realicé en Francfort en 1978-1979. En la Universidad de Francfort, Iring Fetscher, Ansgar Hillach y Eike Hennig me ayudaron mucho al sugerir ciertas conexiones entre las discusiones de la teoría social que se realizan ahora en Alemania Occidental y las cuestiones planteadas en este libro. Moishe Postone, quien estudiaba en Francfort mientras yo realizaba investigaciones allí, aportó valiosas sugerencias acerca de los orígenes del antisemitismo. Aunque quizá no estén de acuerdo con mis conclusiones, su compañía estimulante fue típica de la vivaz comunidad intelectual de Francfort. Alphonse Sollner, quien ahora se encuentra en el Instituto Otto Suhr de Berlín Occidental, compartió gustosamente sus ideas sobre el análisis del nacionalsocialismo de la escuela de Francfort.

Mientras trabajaba en este libro tuve el beneficio de otra comunidad intelectual, la de la Universidad de Harvard. Tuve la fortuna de que David Landes, cuya obra sobre la tecnología y la sociedad en la Europa moderna es un punto de partida para muchos estudios, fuese el director del Comité de Grados en Estudios Sociales. Landes me ofreció generosamente su apoyo, interés y sabiduría. Mi trabajo como asistente de Daniel Bell en su curso sobre tecnología y sociedad fue el inicio de una gran oportunidad para beneficiarme de sus ideas sobre la conexión entre el cambio tecnológico y las tendencias sociales y culturales.

Stanley Hoffmann, director del Centro de Estudios Europeos, ha creado una atmósfera propicia para la investigación interdisciplinaria. Muchas conversaciones que sostuve con mis colegas allí y en Estudios Sociales han ayudado a aclarar mis argumentos: Bill Buxton, Eric Goldhagen, Harvey Goldmann, Stephen Holmes, Richard Hunt, Stephen Kalberg, Ken Keulman, Charles Maier, Harvey Rishikoff, Michael Smith, Judith Eisenberg Vichniac y Jeff Weintraub fueron particularmente útiles. Estoy en deuda también con mis discípulos, en particular con Daniel Goldhagen, quien escuchó pacientemente mis descripciones de "esos ingenieros extraños" y formuló algunas críticas muy útiles. Allan Silver, del Departamento de Sociología de la Universidad de Columbia, aportó sus ideas sobre la

teoría social, los ingenieros y la política en una perspectiva comparada.

Las clases y luego la amistad del profesor Hans Gerth, del Departamento de Sociología de la Universidad de Wisconsin, y más tarde por breve tiempo en la Universidad de Francfort, fueron uno de los puntos de partida de mi interés en la teoría social y en las paradojas de la sociedad alemana moderna. Su muerte inesperada, apenas algunos meses después de haberme recibido en Francfort con su cortesía habitual, me produjo gran tristeza. Si este libro logra mezclar la historia con el análisis de la sociedad, la política y la cultura, ello se deberá en parte a la creencia de Gerth de que así es como debe hacerse la sociología.

Todas las personas que participaron con su amistad y apoyo merecen más que una breve mención: Seyla Ben-Habib, Jessica Benjamin, Stephanie Engel, Art Goldhammer, David Held, Andy Markovits, Thomas McCarthy, Jerry Muller, Larry Simon, Dave Slaney, Peggy Somers, Charles Sowerwine, John Wechter y Fred van Gelder.

Por último, mi esposa, Sonya Michel, intervino en este libro desde su inicio mismo, formulando evaluaciones meticulosas y honestas, basadas en su propio conocimiento incisivo de la historia social y la política cultural en los Estados Unidos. Su compañía, inteligencia, crítica fina y cálido humor han contribuido inmensamente a este libro y a la vida de su autor.

Nadja Simone llegó a tiempo para avivar y añadir alegría a la terminación de este proyecto. Estoy especialmente en deuda con mis padres, Ernst Herf y Jane Vlier, cuyos apoyo y entendimiento no han desmayado jamás. Este libro está dedicado a ellos.

I. LA PARADOJA DEL MODERNISMO REACCIONARIO

NO EXISTE la modernidad en general. Sólo hay sociedades nacionales, cada una de las cuales se moderniza a su modo. Este estudio examina una paradoja cultural de la modernidad alemana, a saber: la aceptación de la tecnología moderna por los pensadores alemanes que rechazaron la razón de la Ilustración. En las teorías sociológicas del desarrollo de la modernidad europea predominan las dicotomías: tradición o modernidad, progreso o reacción, comunidad o sociedad, racionalización o carisma. Cuando se aplican a la historia alemana moderna, tales dicotomías sugieren que el nacionalismo alemán, y luego el nacionalsocialismo, fue motivado primordialmente por los rechazos de la modernidad: los valores políticos de la Revolución francesa y las realidades económicas y sociales creadas por la Revolución Industrial. Se nos dice que la Alemania romántica rechazó la modernidad científica. Si la visión pastoral hubiese conquistado al avance tecnológico, la modernidad alemana no habría conducido a la catástrofe alemana. En este estudio de una tradición cultural a la que he llamado el modernismo reaccionario, estoy postulando una visión más matizada de

la ideología alemana en la República de Weimar y el Tercer Reich.

Mi tesis básica es la siguiente. Antes y después de la toma del poder por parte de los nazis, una corriente importante dentro de la ideología conservadora y luego dentro de la ideología nazi fue una conciliación entre las ideas antimodernistas, románticas e irracionales del nacionalismo alemán y la manifestación más obvia de la racionalidad de medios y fines, es decir, la tecnología moderna. El modernismo reaccionario es una construcción ideal típica. Los pensadores a quienes llamo modernistas reaccionarios no se describieron jamás en estos términos precisos. Pero esta tradición era un conjunto coherente y significativo de metáforas, palabras familiares y expresiones emocionalmente cargadas que convirtieron la tecnología, de un componente de la *Zivilisation* occidental ajena, en una parte orgánica de la *Kultur* alemana. Aquí se combinaba la reacción política con el avance tecnológico. Allí donde los conservadores alemanes habían hablado de la tecnología o la cultura, los modernistas reaccionarios enseñaron a la Derecha alemana a hablar de la tecnología y la cultura. El modernismo reaccionario no fue primordialmente una reorientación pragmática o táctica, lo que no niega que haya transformado las necesidades militares-industriales en virtudes nacionales. Más bien, incorporó la tecnología moderna al sistema cultural del nacionalismo alemán moderno, sin disminuir los aspectos románticos y antirracionales de tal

sistema. Los modernistas reaccionarios eran nacionalistas que convirtieron el anticapitalismo romántico de la Derecha alemana en algo alejado del pastoralismo orientado hacia atrás, apuntando por el contrario hacia los lineamientos de un orden hermosamente nuevo que remplazaba al caos informe generado por el capitalismo por una nación unida, tecnológicamente avanzada. Al actuar así, contribuyeron a la persistencia de la ideología nazi durante todo el régimen de Hitler. Pugnaron por una revolución desde la Derecha que restablecería la primacía de la política y el Estado sobre la economía y el mercado, y que así reintegraría los lazos existentes entre el romanticismo y el rearme en Alemania.

Aunque los llamo modernistas reaccionarios, estos pensadores se veían a sí mismos como revolucionarios culturales que trataban de consignar el materialismo al pasado. En su opinión, el materialismo y la tecnología no eran en modo alguno idénticos. Thomas Mann captó la esencia del modernismo reaccionario cuando escribió que "el aspecto realmente característico y peligroso del nacionalsocialismo era su mezcla de una modernidad robusta y una postura afirmativa hacia el progreso combinadas con sueños del pasado: un romanticismo altamente tecnológico".¹ Este libro pre-

¹ Thomas Mann, "Deutschland und die Deutschen", en *Thomas Mann: Essays, Band 2, Politik*, comp. Herman Kunzke (Frankfort, 1977), p. 294. Véase una crítica de las teorías dicotómicas del desarrollo de la "sociedad industrial" en

sentó lo que Mann captara como la interconexión de la *Innerlichkeit* (orientación hacia adentro) alemana y la tecnología moderna.

La conciliación alemana de la tecnología y la sinrazón se inició en las universidades técnicas alemanas alrededor de principios del siglo, fue defendida primero por los intelectuales no técnicos de la revolución conservadora de Weimar, encontró un hogar en el Partido Nazi en los años veinte y entre los propagandistas del régimen de Hitler en los años treinta, y se convirtió en un factor del triunfo de la ideología totalitaria hasta 1945. Los campeones de esta tradición eran numerosos profesores de ingeniería y colaboradores de las revistas publicadas por las asociaciones de ingeniería nacionales. En la revolución conservadora de Weimar, la aceptación irracional de la tecnología fue defendida por Hans Freyer, Ernst Jünger, Carl Schmitt, Werner Sombart y Oswald Spengler, mientras que Martin Heidegger añadía una voz más ambivalente al coro modernista reaccionario. Dentro del Partido Nazi, las teorías de Gottfried Feder sobre la amenaza del financiamiento judío a la productividad alemana se vieron finalmente complementadas por una

Anthony Giddens, "Classical Social Theory and the Origins of Modern Sociology", *American Journal of Sociology*, 81 (1976), pp. 703-729. Véase también el ensayo de John Norr, "German Social Theory and the Hidden Face of Technology", *European Journal of Sociology*, XV (1974), pp. 312-336.

dicción más sutil del romanticismo y la técnica moderna bajo la dirección de Joseph Goebbels y Fritz Todt, el administrador de la construcción del *Autobahnen* y primer ministro de armamentos de Hitler. En todo momento, los modernistas reaccionarios contribuyeron a la coexistencia del irracionalismo político con el rearme y la racionalización industrial. Al final de la guerra, por ejemplo, la estación de investigación de las SS que desarrollaba en Peenemünde los cohetes V-1 y V-2 realizaba la búsqueda desesperada de un arma que invirtiera milagrosamente la marea de la guerra obviamente perdida en ese momento.

No es paradójico el rechazo de la tecnología y la razón de la Ilustración, ni la aceptación de la tecnología mientras se aclama la razón. Estos apareamientos son los resultados habituales de la elección entre el cientificismo y el pastoralismo. Pero sí resulta paradójico el rechazo de la Ilustración al mismo tiempo que se acepta la tecnología, como lo hicieron los modernistas reaccionarios en Alemania. Sostenían estos modernistas que Alemania podría ser *a la vez* tecnológicamente avanzada y fiel a su espíritu. Todo el legado antioccidental del nacionalismo alemán sugería que tal conciliación, entre el espíritu y la tecnología quedaba descartada, ya que nada podía ser más ajeno a la cultura alemana. Pero los modernistas reaccionarios reconocieron que las ideas antitecnológicas eran fórmulas para la impotencia nacional. El Estado no

podía ser a la vez fuerte y tecnológicamente atrasado. Los modernistas reaccionarios insistían en que la *Kultur* podía ser a la vez poderosa y fiel a su espíritu. Como reiterara sin cesar Goebbels, éste sería el siglo del *stählernde Romantik*, romanticismo de acero.

Una observación fundamental acerca del nacional-socialismo es que la ideología de Hitler fue el hecho político decisivo del régimen nazi hasta el catastrófico final. Muy pocos de los aliados conservadores de sus opositores izquierdistas esperaban que así ocurriera. Algunos sostenían que Hitler era un oportunista cínico que abandonaría el principio en aras del poder. Otros no podían creer que alguien, o un gran número de personas, se tomara en serio una mezcla tan absurda de la irracionalidad y la inhumanidad. Y otros más, en esa época y después, sostuvieron que el nacionalsocialismo era fundamentalmente un rechazo completo del mundo moderno y sus valores. En consecuencia, su dinamismo ideológico quedaría destrozado en el curso del gobierno y la administración efectivos de la sociedad industrial más avanzada de Europa. El hecho de que esto no haya ocurrido ha suscitado desde entonces un debate académico.²

En este libro estoy aplicando la sociología interpre-

² Véase una reseña del debate actual en Karl Dietrich Bracher, "The Role of Hitler: The Problem of Underestimation", pp. 211-225, y Hans Mommsen, "National Socialism—Continuity and Change", pp. 179-210, ambos en *Fascism: A Reader's Guide*, comp. Walter Laqueur (Berkeley, 1976).

tativa a la solución de este problema. Como dice Max Weber, la sociología es una empresa interpretativa porque puede ofrecer explicaciones causales de la acción social sólo en la medida en que tales análisis sean simultáneamente adecuados por lo que toca al nivel del significado. Por lo tanto, a fin de contribuir a una explicación causal de la primacía de la política y la ideología en la Alemania nazi, me he concentrado en las motivaciones, los significados, las intenciones y el simbolismo, y he trazado una concepción típica ideal del mundo que estoy llamando modernismo reaccionario. En el último decenio ha surgido una brecha entre los analistas de la política y los analistas del significado y la intencionalidad. Por una parte, los estructuralistas militantes nos han dicho que las intenciones humanas cuentan poco en el esquema más amplio determinado por las clases, los Estados y el sistema internacional. Por otra parte, los fenomenólogos igualmente militantes han abandonado el campo del análisis político e histórico. Esta brecha se expresa en un barbarismo lingüístico: "macro" contra "micro" sociología. En los últimos tiempos, los militantes parecen ser un poco menos belicosos, y de nuevo se ha vuelto respetable la idea de prestar atención a lo que en efecto piensa y cree la gente. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que la ciencia social se vuelva "blanda" en la delantera, sino más bien con la observación de Weber en el sentido de que la explicación de los sucesos sociales y políticos requiere un examen

cuidadoso del significado y la intencionalidad de los actores en un contexto histórico y social particular. En este sentido, las obras de Weber sobre el surgimiento del Estado moderno, la burocracia o el espíritu del capitalismo, de las ansiedades psicológicas propiciadas por las sectas protestantes, son análisis "estructurales". Este proyecto es elusivo y difícil porque requiere el examen de las conexiones entre la estructura socioeconómica, las tendencias culturales y la política. Ésta es, o debe ser, una de las tareas principales del sociólogo, y en este estudio me propongo seguir tales lineamientos. En lo que resta de este capítulo ubicaré esta obra en el contexto de los esfuerzos anteriores por entender el nacionalsocialismo y la modernidad y definiré los términos de la discusión.

Los intérpretes del nacionalsocialismo han ubicado la revuelta cultural y política contra la modernidad en el centro de las discusiones de la ideología nazi. Georg Lukács llamaba a Alemania la "nación clásica del irracionalismo". La concepción de la "nación retrasada" de Helmut Plessner, los estudios de la "ideología *völkisch*" de George Mosse, la obra de Karl Mannheim sobre el "pensamiento conservador", y el análisis de "la política de la desesperanza cultural" de Fritz Stern, destacaron la conexión existente entre la ideología derechista y la protesta contra la Ilustración, la ciencia moderna, el liberalismo, el mercado, el marxismo y los judíos. Talcott Parsons sostuvo que "por lo menos un aspecto decisivamente importante

del movimiento nacionalsocialista" fue "una movilización de las tendencias románticas profundamente arraigadas en la sociedad alemana al servicio de un movimiento político violentamente agresivo que incorporaba una revuelta 'fundamentalista' contra toda la tendencia de la racionalización del mundo occidental".³ Henry J. Turner ha resumido recientemente el análisis presentado por los teóricos de la modernización. Afirma Turner que el nacionalsocialismo fue el producto de una "crisis de modernización". En términos ideológicos defendía el "antimodernismo utópico... una revuelta extrema contra el mundo industrial moderno y un intento de recaptura de un mítico pasado distante". El antimodernismo nacionalsocialista contrastaba con el fascismo italiano, con su fascinación futurista por la velocidad y la belleza de las máquinas.⁴

³ Georg Lukács, *Die Zerstörung der Vernunft* (Darmstadt, 1962); Helmut Plessner, *Die verspätete Nation* (Frankfurt, 1974); George Mosse, *The Crisis of German Ideology* (Nueva York, 1964); Karl Mannheim, "Conservative Thought", en *From Karl Mannheim*, comp. Kurt Wolff (Nueva York, 1971), p. 132; Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair* (Nueva York, 1961); Talcott Parsons, "Democracy and Social Structure in Pre-Nazi Germany", en *Essays in Sociological Theory* (Nueva York, 1964), p. 123. Véase también su ensayo "Some Sociological Aspects of Fascist Movements", pp. 124-141 en el mismo volumen. Fritz Ringer documentó posturas antimodernistas entre los profesores universitarios alemanes, en el campo de las humanidades y las ciencias sociales, en *The Decline of the German Mandarins* (Cambridge, Mass., 1969).

⁴ Henry J. Turner, "Fascism and Modernization", en *Re-*

La ruta de Alemania hacia la modernidad se encontraba detrás de la intensidad de su revuelta antimodernista. Comparada con Inglaterra y Francia, la industrialización era tardía, rápida y completa. Las unidades económicas eran grandes, y la intervención estatal era extensa. Lo más importante era que la industrialización capitalista ocurrió sin una revolución burguesa exitosa. La burguesía, el liberalismo político y la Ilustración seguían siendo débiles.⁶ Mientras que

appraisals of Fascism (Nueva York, 1975), pp. 117-139. James Gregor, quien se concentra en Italia, interpreta el fascismo como un movimiento de industrialización y modernización, al mismo tiempo que es una dictadura desarrollista. Véase James Gregor, "Fascism and Modernization: Some Addenda", *World Politics*, 26 (1974), pp. 382-384; *Interpretations of Fascism* (Morristown, N. J., 1974); y *The Fascist Persuasion in Radical Politics* (Princeton, N. J., 1974). Sobre el antiindustrialismo que comparten en Weimar la extrema Izquierda y la extrema Derecha, véase Helga Grebing, *Linksradikalismus gleich Rechtsradikalismus: Eine falsche Gleichung* (Stuttgart, 1969), esp. cap. 3, "Antiindustrie gesellschaftliche Kultur—, Zivilisations—, und Kapitalismuskritik", pp. 37-50; Rene König, "Zur Soziologie der Zwanziger Jahre: oder Ein Epilogue zu zwei Revolutionen, die niemals stattgefunden haben, und was daraus für unsere Gegenwart resultiert", en *Die Zeit ohne Eigenschaften: Eine Bilanz der Zwanziger Jahre*, comp. Leonard Rheinisch (Stuttgart, 1961), pp. 82-118; Claus Offe, "Technik und Eindimensionalität: Eine Version der Technokratie-These?", en *Antworten auf Herbert Marcuse*, comp. Jürgen Habermas (Frankfurt, 1968), pp. 73-88.

Por lo que toca al camino antiliberal seguido por Alemania en ruta hacia la modernidad, véase Ralf Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany* (Nueva York, 1966).

el concepto del Estado se asociaba en Inglaterra y Francia con la democracia y la igualdad, en Alemania seguía siendo autoritario y antiliberal.⁶ Como dice Ralf Dahrendorf, la "potencialidad explosiva del desarrollo social alemán reciente" se halla en el "encuentro y combinación" de la industrialización rápida y las "estructuras heredadas del Estado dinástico de Prusia", encuentro que dejaba escaso espacio para el liberalismo político y económico.⁷ El nacionalismo alemán fue en gran medida un movimiento contrario que expresaba la nostalgia por una vida preindustrial más simple. El *Volk* debía ser protegido contra las influencias corruptoras de la *Zivilisation* occidental.

¿Cómo se concilió entonces el nacionalismo alemán, y posteriormente el nacionalsocialismo, con la tecnología moderna? Barrington Moore hijo obtuvo la razonable conclusión de que "la limitación básica" de estas imágenes rurales "catonistas" se encontraba en su hostilidad infranqueable contra el industrialismo, a resultas de la cual se convertirían en una nostalgia rural.⁸ Dahrendorf y David Schoenbaum llevaron adelante la idea de que la ideología nazi era incompatible

⁶ Karl Dietrich Bracher, *The German Dictatorship*, trad. Jean Steinberg (Nueva York, 1970).

⁷ Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany*, p. 45.

⁸ Barrington Moore, hijo, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Boston, 1966), esp. pp. 484-508. Thorstein Veblen formuló un argumento similar en su obra clásica, *Imperial Germany and the Industrial Revolution* (Ann Arbor, Mich., 1966).

con la sociedad industrial. Dahrendorf sostuvo que, a pesar de su ideología antimodernista, las exigencias del poder totalitario convirtieron a los nazis en innovadores radicales. El "fuerte impulso hacia la modernidad" era la característica decisiva del nacionalsocialismo que condujo a un conflicto notable entre la ideología y la práctica nazi. "El velo de la ideología no debe engañarnos", ya que la brecha existente entre la ideología y la práctica era tan notable que "casi nos vemos tentados a creer que la ideología era simplemente un esfuerzo para engañar a la gente deliberadamente".⁹ Por lineamientos similares, Schoenbaum describió el nacionalsocialismo como una "revolución doble", es decir, una guerra ideológica contra la sociedad burguesa e industrial librada con medios burgueses e industriales. En su opinión, el conflicto entre la perspectiva antiindustrial de los ideólogos nazis y la práctica modernizante del régimen nazi se resolvió mediante un "acercamiento inevitable" entre el movimiento masivo nazi y las élites estatales e industriales que el movimiento había prometido destruir. En opinión de Schoenbaum, los nazis hicieron las paces con la tecnología moderna porque así lo requería la ejecución de su política antimodernista, pero no porque pudieran ver en ella algún valor intrínseco.¹⁰

⁹ Dahrendorf, *Society and Democracy in Germany*, pp. 381-386.

¹⁰ David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution* (Nueva York, 1967), p. 276.

Las tesis de Dahrendorf y de Schoenbaum hacen recordar el análisis del hitlerismo hecho por Hermann Rauschning como una "revolución del nihilismo" guiada por un conjunto totalmente cínico, oportunista, de racionalizaciones que pasan por una visión del mundo.¹¹ El problema es que, en demasiados casos muy importantes, la práctica de Hitler coincidió con su ideología. Si la ideología y la práctica estaban tan opuestas, ¿cómo explicaremos su terrorífica unidad durante la guerra y el Holocausto? La tesis de una "doble revolución" sugiere el cinismo ideológico ahí donde había consistencia ideológica y creencia. El "fuerte impulso hacia la modernidad", o por lo menos hacia ciertos aspectos de la sociedad moderna, no existía a expensas de la ideología nazi. Tanto Dahrendorf como Schoenbaum subestimaron el grado en que una aceptación selectiva de la modernidad —especialmente la tecnología moderna— había ocurrido ya dentro del nacionalismo alemán, antes y después de la toma del poder por parte de los nazis en 1933.

La dificultad principal de este enfoque ha sido su descuido de los aspectos modernos de la ideología nazi. Los marxistas han tenido escasa dificultad en este sen-

¹¹ Hermann Rauschning, *The Revolution of Nihilism* (Londres, 1939). Véase una crítica de esta tesis y una presentación de las ideas de Hitler como una visión coherente del mundo en Eberhard Jäckel, *Hitler's World View: A Blueprint for Power*, trad. Herbert Arnold (Middletown, Conn., 1972).

tido porque han examinado el régimen de Hitler como una variante del fascismo que a su vez era una forma del capitalismo. Tales análisis sugieren a veces que Hitler era simplemente un instrumento de los capitalistas o que la ideología nazi vio declinar efectivamente su importancia tras la toma del poder.¹² Y en el mejor de los casos, como en la obra clásica de Franz Neumann, *Behemoth*, emplean un concepto utilitario de la clase y la ideología que descarta la posibilidad de que el régimen de Hitler pudiera actuar contra los intereses del capital alemán, como en efecto ocurrió cuando perseguía utopías racistas y genocidas por encima de todo.¹³ El camino es diferente, pero la conclusión es

¹² Como en Nicos Poulantzas, *Fascism and Dictatorship: The Third International and the Problem of Fascism* (Londres, 1974). Véase también Jane Caplan, "Theories of Fascism: Nicos Poulantzas as Historian", *History Workshop Journal* (1977), pp. 83-100; y Anson Rabinbach, "Poulantzas and the Problem of Fascism", *New German Critique* (primavera de 1976), pp. 157-170.

¹³ Franz Neumann, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism* (Nueva York, 1944). Neumann escribió que "el valor político interno del antisemitismo... no permitirá jamás un exterminio completo de los judíos. El enemigo no puede ni debe desaparecer; siempre debe estar a la mano como un chivo expiatorio para todos los males originados en el sistema sociopolítico" (p. 125). Erich Goldhagen observa que el asesinato de los judíos era "la refutación más categórica de la tesis de que los nacionalsocialistas eran incrédulos y cínicos manipuladores del antisemitismo", en "Weltanschauung und Endlösung", *Vierteljahrsheft für Zeitgeschichte* (octubre de 1976), pp. 379-405. Véase también Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie: Politik und Krieg-*

la misma para los marxistas y los teóricos de la modernización: ya se deba a la naturaleza antimodernista de la ideología o al poder aplastante de los intereses clasistas, ambos enfoques sugieren que la ideología nazi no podría explicar las acciones del régimen de Hitler. Por lo tanto, no pueden explicar el triunfo de la ideología en el Tercer Reich.¹⁴

führung, 1940-1941 (Francfort, 1965), y "Die 'Endlösung' und das deutsche Ostimperium als Kernstück des rassenideologischen Programms des Nationalsozialismus", *Vierteljahrsheft für Zeitgeschichte* (abril de 1972), pp. 133-153. Klaus Hildebrand, en *The Foreign Policy of the Third Reich* (Berkeley, 1973), distingue claramente los puntos comunes entre Hitler y las élites conservadoras tradicionales, así como sus puntos de divergencia cuando la ideología racial nazi sustituyó a la "política racional del poder" (pp. 106-107). Sobre los análisis marxistas del fascismo y la evitación de la catástrofe judía en la Alemania Occidental de la posguerra, véase Lucy Dawidowicz, *The Holocaust and the Historians* (Cambridge, Mass., 1981); Jeffrey Herf, "The 'Holocaust' Reception in West Germany: Right, Center and Left", *New German Critique*, 19 (invierno de 1980), pp. 30-52; Moishe Postone, "Anti-Semitism and National Socialism: Notes on the German Reaction to 'Holocaust'", *New German Critique*, 19 (invierno de 1980), pp. 97-115; y Anson Rabinbach, "Anti-Semitism Reconsidered: Reply to Piccone and Berman", *New German Critique*, 21 (otoño de 1980), pp. 129-141.

¹⁴ Los críticos del análisis del totalitarismo niegan que el nacionalsocialismo haya sido un sistema de dominación monolítico. Por ejemplo, Hans Mommsen y Martin Broszat sostienen que el nazismo era una "policracia" de autoridades en conflicto, lo que permitió el ascenso de los fanáticos radicales ss. Véase Broszat, *Der Staat Hitlers* (Munich, 1969), y Mommsen, "Continuity and Change in the Third

Durante los años treinta, se discutió la síntesis de la técnica y la sinrazón en la ideología alemana, entre los teóricos críticos de la escuela de Francfort y en la obra de Ernst Bloch, el marxista romántico. Los ensayos de Walter Benjamin sobre la Derecha de Weimar iniciaron una discusión del fascismo y la estética que continúa hasta el presente.¹⁵ El análisis que hace Bloch

Reich". Los críticos han destruido a un espantapájaros. En *The Origins of Totalitarianism* (Cleveland, 1958), Hannah Arendt escribió que la ausencia de jerarquías claras, la multiplicación de puestos y la confusión de las responsabilidades burocráticas eran cruciales para el totalitarismo en el poder porque la inseguridad y el temor resultantes incrementaron el poder de los líderes y sirvieron para preservar la dinámica de un "Estado-movimiento". Véase "The So-called Totalitarian State", pp. 392-419.

¹⁵ Véase su análisis de Ernst Jünger y otros pensadores de Derecha en "Theorien des deutschen Faschismus", en *Walter Benjamin: Gesammelte Schriften*, vol. 3 (Francfort, 1977), pp. 238-250; trad. por Jerold Wikoff con el título de "Theories of German Fascism", *New German Critique*, 17 (primavera de 1979), pp. 120-128. Véase también *Links hatte noch alles sich zu enträteln. Walter Benjamin im Kontext*, comp. Walter Burkhardt (Francfort, 1978), esp. Ansgar Hillach, "Die Ästhetisierung des politischen Lebens: Walter Benjamins faschismus theoretischer Ansatz — eine Rekonstruktion", pp. 126-167; George Mosse, *The Nationalization of the Masses* (Nueva York, 1970). Rainer Stollman hace una reseña de la obra reciente de Alemania Occidental en "Faschistische Politik als Gesamtkunstwerk: Tendenzen der Ästhetisierung des politischen Leben im Nationalsozialistischen 'Bewegung'", en *Die deutsche Literatur im Dritten Reich*, comps. Horst Denkler y Karl Prumm (Stuttgart, 1976), pp. 83-101; trad. con el título de "Fascist Politics as a Total

de la *Ungleichzeitigkeit*, aproximadamente la "ausencia de contemporaneidad", llamó la atención sobre la fusión del romanticismo alemán con un culto a la técnica en las revistas de los ingenieros alemanes.¹⁶ Max Horkheimer sostenía que el nacionalsocialismo había organizado una "revuelta de naturaleza" contra el capitalismo y el industrialismo modernos, con lo que eludía los temas antitecnológicos.¹⁷

En mayor medida que cualesquier otros teóricos socialistas modernos, Horkheimer y Theodor Adorno colocaron la mezcla del mito y la racionalización en el centro de la atención de su obra clásica, *Dialéctica de la Ilustración*. Estos autores iniciaron su libro con la afirmación ahora famosa de que "el mundo plenamente ilustrado" irradiaba "un desastre triunfante".¹⁸ Si así ocurría, resultaba crucial el entendimiento de la relación entre el nazismo y la modernidad. Una parte de su argumento sólo repetía las ideas marxistas convencionales: "El antisemitismo burgués tiene una razón

Work of Art", en *New German Critique*, 14 (primavera de 1978), pp. 41-60.

¹⁶ Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit* (Francfort, 1962), y "Technik und Geistererscheinungen", en *Verfremdungen I* (Francfort, 1962), pp. 177-185.

¹⁷ En Max Horkheimer, *The Eclipse of Reason* (Nueva York, 1974). Horkheimer analizó también la conexión entre el irracionalismo y la tecnología en "Zum Rationalismustreit in der gegenwärtigen Philosophie", *Kritische Theorie der Gesellschaft*, Band I (Francfort, 1968), pp. 123-124.

¹⁸ Max Horkheimer y Theodor Adorno, *Dialectic of Enlightenment* (Nueva York, 1972), p. 3.

económica específica: el ocultamiento de la dominación en la producción".¹⁹ Los anticapitalistas derechistas identificaban a los judíos con la esfera "improductiva" de la circulación de la banca, las finanzas y el comercio, y alababan la esfera de la producción y la tecnología como una parte integrante de la nación. El anticapitalismo alemán era antisemítico pero no antitecnológico. Pero fue un segundo análisis de la Ilustración, más general, el que distinguió verdaderamente a la obra de Horkheimer y Adorno, quienes sostenían que el desastre alemán había derivado de una conexión entre la razón, el mito y la dominación implícita en el pensamiento de la Ilustración desde Kant y Hegel. El verdadero rostro de la Ilustración, de cálculo y dominación, era evidente en las torturas y orgías altamente organizadas del marqués de Sade. En Alemania, los judíos padecieron al ser identificados con la racionalidad abstracta y a la vez con el atraso y la renuencia a conformarse con la comunidad nacional.²⁰ El na-

¹⁹ *Ibid.*, p. 173. Herbert Marcuse analizó también el ataque retórico anticapitalista de la Derecha, contra el *Händler* o el comerciante, en "The Struggle Against Liberalism in the Totalitarian View of the State", *Negations*, trad. Jeremy Shapiro (Boston, 1968), pp. 3-42.

²⁰ Horkheimer y Adorno, *Dialectic of Enlightenment*, pp. 168-208. Sobre la sociología de la religión de Horkheimer y su análisis del antisemitismo, véase Julius Carlebach, *Karl Marx and the Radical Critique of Judaism* (Londres, 1978), pp. 234-267; Martin Jay, "The Jews and the Frankfurt School: Critical Theory's Analysis of Anti-Semitism", *New German*

cialismo concretó en un lugar y un tiempo particulares las terribles potencialidades de la dominación occidental de la naturaleza.

Horkheimer y Adorno señalaron con acierto que la razón y el mito se entrelazaban en la dictadura alemana. No hay duda de que las paradojas culturales del modernismo reaccionario eran menos desconcertantes para estos pensadores dialécticos que para aquellos más habituados a los modos de pensamiento dicotómicos. Pero si sus percepciones eran correctas, su teoría de la Ilustración y su concepción de la moderna historia alemana estaban totalmente erradas.²¹ Lo que resultó tan desastroso para Alemania fue la separación de la Ilustración del nacionalismo alemán. La sociedad alemana permaneció parcialmente —nunca "plenamente"— ilustrada. El análisis de Horkheimer y Adorno omitió este contexto nacional y generalizó las miserias de Alemania en dilemas de la modernidad por sí misma. En consecuencia, culpaba a la Ilustración de lo que era en realidad el resultado de su debilidad. Aunque la tecnología ejercía una fascinación entre los intelectuales fascistas por toda Europa, fue sólo en Alemania donde pasó a formar parte de

Critique (invierno de 1980), pp. 137-149; y Anson Rabinbach, "Anti-Semitism Reconsidered".

²¹ Véase Ringer, *Decline of the German Mandarins*; Jürgen Habermas, "The Entwinement of Myth and Modernity: Re-reading *Dialectic of Enlightenment*", *New German Critique* (primavera/verano de 1982), pp. 13-30.

La identidad nacional. La combinación peculiar del desarrollo industrial y una débil tradición liberal fue el marco social del modernismo reaccionario. La tesis de la dialéctica de la Ilustración oscureció esta peculiaridad histórica. Como una "teoría crítica", resulta extrañamente apologética de la moderna historia alemana. Una de las ironías de la moderna teoría social es el hecho de que los teóricos críticos, quienes pensaban que estaban defendiendo lo único frente a lo general, contribuyeran a oscurecer la peculiaridad de la ruta antiliberal seguida por Alemania hacia la modernidad.

Sin embargo, es preferible haber sido perspicaz por razones erradas que haber omitido por completo un problema importante. Sería yo poco generoso si no reconociera el papel que han tenido conceptos tales como los de la cosificación, la estetización de la política y la dialéctica de la Ilustración en la dirección de mi estudio sobre la existencia de una tradición modernista reaccionaria en Alemania. Aunque una parte de la literatura sobre el nacionalsocialismo inspirada por los teóricos críticos padece de un exceso de lemas acerca del fascismo y el capitalismo, también han aparecido algunas excelentes reconsideraciones de la interacción existente entre la corriente modernista y antimodernista en el nacionalsocialismo. El estudio de Karl-Heinz Bohrer sobre Ernst Jünger, la obra de Anson Rabinbach sobre la Oficina de la Belleza del Trabajo de Albert Speer, la masiva compilación hecha por Klaus Theweleit de la inconsciente vida fantástica

de los miembros del *Freikorps*, la obra de Timothy Mason y Eike Hennig sobre los usos de la retórica antimodernista en la racionalización de la industria alemana en los años treinta, y la soberbia investigación realizada por Karl-Heinz Ludwig de los ingenieros y la política antes del Tercer Reich y durante su gestión, presentan pruebas de que la ideología derechista, y luego la ideología nazi, estaban mucho más entrelazadas con la tecnología moderna que lo sugerido por las obras anteriores.²² La investigación reciente ha modificado también nuestra concepción de la relación existente entre el antisemitismo y el antimodernismo. Moishe Postone ha tratado de explicar el hecho de que el antisemitismo atribuya un poder tan enorme a los judíos, a quienes se suponía la fuente

²² Karl-Heinz Bohrer, *Die Ästhetik des Schreckens: Die pessimistische Romantik und Ernst Jüngers Frühwerk* (Munich, 1978); Anson Rabinbach, "The Aesthetics of Production in the Third Reich", en *International Fascism*, comp. George Mosse (Beverly Hills, Calif., 1979), pp. 189-222; Klaus Theweleit, *Mannerphantasien*, 2 vols. (Frankfurt, 1978); Timothy Mason, "Zur Entstehung des Gesetzes zur Ordnung der nationalen Arbeit, vom 20 Januar 1934: Ein Versuch über das Verhältnis 'archaischer' und 'moderner' Momente in der neuesten deutschen Geschichte", en *Industrielles System und politische Entwicklung in der Weimarer Republik*, comps. Hans Mommsen, Dieter Petzina y Bernd Weisbrod (Düsseldorf, 1974), pp. 323-351; Eike Hennig, *Bürgerliche Gesellschaft und Faschismus in Deutschland: Ein Forschungsbericht* (Frankfurt, 1977); y Karl-Heinz Ludwig, *Technik und Ingenieure im Dritten Reich* (Königstein, Ts./Düsseldorf, 1979).

del capitalismo financiero internacional y del comunismo internacional. Postone recurre al análisis que hace Marx del fetichismo de las mercancías para interpretar el antisemitismo como una forma específicamente moderna de la ideología anticapitalista, a pesar de su vocabulario atávico.²³ Aunque una parte de esta literatura nueva tiene el defecto de culpar al capitalismo por las peculiaridades de la moderna historia alemana, ha contribuido a una reconsideración de los problemas más amplios del nazismo y la modernidad. Yo estoy construyendo sobre éstas y otras reconsideraciones del problema de la modernidad y el nacionalsocialismo, mientras rechazo la implicación de que la modernidad alemana era sólo un ejemplo de una enfermedad generalizada inherente a las sociedades industriales modernas.

Ha llegado el momento de aclarar los términos. He llamado a la tradición que estamos examinando una tradición modernista *reaccionaria* para destacar que era una tradición de la Derecha política. Una figura

²³ Moishe Postone, "Anti-Semitism and National Socialism: Notes on the German Reaction to 'Holocaust'". El punto de partida de Postone es la idea de que "las características específicas del poder atribuido a los judíos por el antisemitismo moderno —abstracción, intangibilidad, universalidad, movilidad— son todas ellas características de la dimensión de valor de la forma social analizada por Marx" (p. 108). Postone interpreta Auschwitz como el punto final del anticapitalismo convertido en fetiche en Alemania. Sugiere ciertas paradojas de las concepciones nacionalsocialistas de la tecnología similares a las que estoy describiendo.

como la de Oswald Spengler se encuentra a horcajadas entre los conservadores prusianos tradicionales —los industriales, los *junkers*, los militares y los burócratas— y los revolucionarios conservadores de la posguerra. Ambos eran antiliberales y autoritarios, pero los últimos recurrieron a la clase media baja para crear un movimiento de masas. Como los ideólogos *völkisch* del siglo XIX, los revolucionarios conservadores buscaban una revolución cultural-política que revitalizara la nación. Eran reaccionarios por cuanto se oponían a los principios de 1789, pero encontraban en el nacionalismo una tercera fuerza "más allá" del capitalismo y el marxismo. Al igual que Hitler, eran revolucionarios culturales que trataban de restaurar el instinto y de revertir la degeneración debida a un exceso de civilización. Como los intelectuales fascistas de toda Europa en la posguerra, los modernistas reaccionarios de Alemania veían al comunismo simplemente como la inversa del materialismo burgués, una fiel imagen del mundo sin alma.²⁴

Los modernistas reaccionarios eran *modernistas* en dos formas. En primer lugar, y lo más obvio, eran modernizadores tecnológicos; es decir, querían que Alemania se industrializara más y no menos, que tu-

²⁴ Sobre el fascismo como una revolución cultural, véase George Mosse, "Fascism and the Intellectuals", en *The Nature of Fascism*, comp. S. J. Woolf (Nueva York, 1969), pp. 205-225; y Joachim Fest, *Hitler*, trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York, 1974), pp. 104-106.

viera más radios, trenes, carreteras, automóviles y aviones. Se creían los liberadores de los poderes deslumbrantes de la tecnología, reprimidos y mal utilizados por una economía capitalista ligada a la democracia parlamentaria. En segundo lugar, enunciaban temas asociados con la vanguardia modernista: Jünger y Gottfried Benn en Alemania, Gide y Malraux en Francia, Marinetti en Italia, Yeats, Pound y Wyndham Lewis en Inglaterra. El modernismo no era sólo un movimiento de la Izquierda o la Derecha políticas. Su lema central era el del espíritu creativo en guerra con la burguesía que se niega a aceptar límites y que definiendo lo que Daniel Bell ha llamado la "megalomanía de la autoinfinetización", el impulso de ir "más allá: más allá de la moral, la tragedia, la cultura". Desde Nietzsche hasta Jünger y luego Goebbels, el credo modernista era el triunfo del espíritu y la voluntad sobre la razón y la fusión subsecuente de esta voluntad con un modo estético. Si la experiencia estética justifica por sí sola la vida, la moral queda suspendida y el deseo no tiene límites.²⁵ El modernismo exaltaba lo nuevo y atacaba las tradiciones, incluidas las tradiciones normativas. En virtud de que las normas estéticas remplazaban a las normas morales, el modernismo sentía una fascinación por el horror y la violencia

²⁵ Daniel Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism* (Nueva York, 1976), pp. 49-52; Jürgen Habermas, "Modernity vs. Post-Modernity", *New German Critique*, 22 (invierno de 1981), pp. 3-14.

como un agradable alivio del aburrimiento y la decadencia burgueses. El modernismo proclamaba también el ego. Cuando los modernistas se ocupaban de la política, buscaban dedicación, compromiso y autenticidad, experiencias que fascistas y nazis prometían proveer.²⁶ Cuando los modernistas reaccionarios analizaban los trenes como materializaciones de la voluntad de poder o veían el espíritu racial expresado en el *Autobahnen*, estaban popularizando lo que había sido el coto cerrado de una vanguardia cultural.

Los modernistas reaccionarios eran *irracionalistas*. Simplemente despreciaban la razón y denigraban su papel en los asuntos políticos y sociales. Su rechazo de la razón iba mucho más allá de las críticas meditadas del positivismo en la filosofía y la ciencia social que hicieran famosa a la sociología alemana. Aunque Adorno y Horkheimer analizaron lo que consideraban las tensiones internas de la razón, la seguían considerando como un tribunal de última instancia. Pero los modernistas reaccionarios hablaban lo que llamaba Adorno la "jerga de la autenticidad" en la que se colocaban ciertos absolutos tales como la sangre, la raza y el espíritu más allá de la justificación racional. En su con-

²⁶ Véase Karl-Heinz Bohrer, *Die Ästhetik des Schreckens*; J. P. Stern, *Hitler: The Führer and the People* (Berkeley, 1975), un estudio excelente del lenguaje de Hitler, en particular de sus llamados al yo auténtico; y Theodor Adorno, *The Jargon of Authenticity*, trad. Knut Tarnowski y Frederic Will (Evanston, Ill., 1973).

...ción, la razón misma era *lebensfeindlich*, u "hostil a la vida".²⁷

Los defensores del romanticismo alemán del siglo XIX han hecho una observación simple pero importante:²⁸ no había una línea recta entre el romanticismo y el nazismo. Además, ni siquiera en Alemania era la tradición romántica exclusivamente derechista o antitecnológica. Por el contrario, el romanticismo afectaba a todos los segmentos del abanico intelectual y político de la Alemania de Weimar, desde Lukács y Bloch en la extrema Izquierda, hasta Mann y Max Weber en el Centro, y Jünger y sus camaradas revolucionarios conservadores. Además, como lo ha señalado Ferenc Feher, el crítico literario y sociólogo húngaro, la primera Guerra Mundial fue un punto de inflexión para el anticapitalismo romántico entre los intelectuales literarios, tras de lo cual el romanticismo derechista

²⁷ Sobre el papel de la *Lebensphilosophie* y el significado del irracionalismo en la revolución conservadora, véase Kurt Sonthheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik* (Munich, 1968); Georg Lukács, *Die Zerstörung der Vernunft*; y Helmut Plessner, *Die verspätete Nation*.

²⁸ Por ejemplo, Jacques Barzun, *Classic, Romantic and Modern* (Chicago, 1934), Meyer Abrams, *Natural Supernaturalism* (Nueva York, 1973), y Alvin Gouldner, "Romanticism and Classicism: Deep Structures in Social Science", en *For Sociology* (Middlesex, Inglaterra, 1973), pp. 323-366, destacan la contribución romántica al humanismo liberal y socialista del siglo XX. La tesis de Gouldner es que el romanticismo alemán del siglo XIX influyó decisivamente sobre la teoría social de principios del siglo XX: Max Weber, Georg Simmel, Lukács y la escuela de Frankfurt.

expresó una hostilidad creciente hacia algunos temas considerados típicamente románticos, como la crítica de la deshumanización a manos de la máquina. Michael Lowy y Feher atribuyen el predominio del "anticapitalismo romántico" en Alemania al conflicto entre la cultura humanista y las relaciones de intercambio capitalistas. Bell señala una "separación de campos" entre una cultura centrada en el yo y un sistema social-económico basado en la eficiencia, para explicar la rebelión cultural de los intelectuales.²⁹ Las contra-

²⁹ Por lo que toca al análisis que hace Bell de la separación de los campos, véase *The Cultural Contradictions of Capitalism* y *The Coming Crisis of Post-Industrial Society* (Nueva York, 1973). El análisis de Lowy aparece en su estudio de Lukács, *Pour une Sociologie des Intellectuelles Revolutionnaires* (Paris, 1976). En su estudio muy perspicaz del efecto de la primera Guerra Mundial sobre Paul Ernst y Georg Lukács, Ferenc Feher interpreta la guerra como "el punto de inflexión del anticapitalismo romántico", tras de lo cual los románticos de la Derecha nacionalista hubieron de distanciarse de los temas románticos comunes antes de la guerra, tales como los ataques al positivismo o la tecnología. Véase Ferenc Feher, "Am Scheideweg des romantischen Antikapitalismus...", en *Die Seele und das Leben: Studien zum frühen Lukács*, comp. Agnes Heller (Frankfort, 1972). Paul Breines ha destacado la contribución romántica al joven Lukács. Véase "Marxism, Romanticism and the Case of Georg Lukács: Notes on Some Recent Sources and Situations", *Studies in Romanticism* (otoño de 1977), pp. 473-489; y Andrew Arato y Paul Breines, *The Young Lukács and the Origins of Western Marxism* (Nueva York, 1979). Sobre la conexión existente entre la búsqueda de la comunidad y la atracción de la dictadura por parte de Lukács,

diciones culturales del capitalismo existen en las sociedades capitalistas en general, y eran particularmente agudas en la Alemania de la primera posguerra.

Sin dejar de reconocer que el romanticismo alemán era una tradición muy ambigua, violentaríamos los hechos si declararíamos su inocencia política. Los aspectos más oscuros del romanticismo aparecieron en el modernismo reaccionario. El romanticismo político representaba en Alemania lo siguiente: primero, despreciaba la política como el toma y daca de grupos de intereses o del conflicto parlamentario. Por lo tanto, como dice Max Weber, promovía una política de ética absoluta antes que una política de responsabilidad. Los románticos políticos entraban a la política para salvar sus almas, encontrar una nueva identidad, o establecer la autenticidad de su compromiso, o para restablecer una *Gemeinschaft* perdida, no para ocuparse de la tarea difícil y frustrante de balancear medios y fines. El romanticismo político resultaba particularmente nocivo para la República de Weimar porque alentaba a la extrema Derecha y la extrema Izquierda, mientras que convencía al Centro de que la política no era una empresa digna de los intelectuales, y de que el desarrollo individual estaba por encima de la responsabilidad ante una comunidad de derecho y obligación.³⁰

véase el excelente estudio de Lee Congdon, *The Young Lukács* (Chapel Hill, N.C., 1983).

³⁰ Véase Kurt Sontheimer, *Antidemokratisches Denken*;

Segundo, el romanticismo alemán era primordialmente una parte del concepto antiliberal, autoritario, del Estado alemán. Había algunos románticos izquierdistas que criticaban el cientificismo marxista, pero permanecían en los márgenes políticos de los movimientos socialistas y comunistas.³¹ En cambio, los románticos de la Derecha permanecían en la corriente principal del nacionalismo alemán. Cuando proclamaban la emoción, la pasión, la acción y la comunidad, y criticaban la razón "sin alma", recurrían al Estado como una opción frente al liberalismo político y la sociedad capitalista.

Los ideólogos *völkisch* de la tradición romántica hacían particular hincapié en una nostalgia por un pasado preindustrial, pero erraríamos si tratáramos de definir el romanticismo alemán primordialmente como un movimiento orientado hacia atrás. Era más importante la acentuación de la subjetividad individual combinada con un sentimiento de estar sujeto a la suerte y el destino más allá de nuestro control. El romanticismo alentaba una preocupación por un mundo de fuerzas ocultas y poderosas, más allá o por debajo del mundo de las apariencias. Ésta era una tradición con visiones apocalípticas donde una transformación total

Gordon Craig, *Germany: 1866-1945* (Nueva York, 1980), pp. 469-497; y *The Germans* (Nueva York, 1982), pp. 190-212. Véase también Walter Laqueur, *Weimar: A Cultural History, 1918-1933* (Nueva York, 1974).

³¹ Véase Breines, "Marxism and Romanticism".

de una *Zivilisation* degenerada ocurriría mediante un cambio repentino y violento. La *Kulturnation* surgiría a través de un proceso purificador de muerte y transfiguración.³² Después de la primera Guerra Mundial, Ernst Jünger y Carl Schmitt se enorgullecían de sus diferencias con el romanticismo del siglo XIX. Pero su entusiasmo por la *Fronterlebnis* (experiencia del frente) y su creencia en que la mortandad estaba creando un hombre nuevo constituían una antigua visión romántica en un contexto moderno.

El romanticismo asumía formas diferentes en diversos contextos nacionales, pero dondequiera formaba parte de la modernidad. En su centro se encontraba la proclamación del yo.³³ En Francia e Inglaterra, formaba parte de las tradiciones democráticas e igualitarias en medida mucho mayor que en Alemania, donde combatía tales pretensiones. Nadie entendió esto mejor que Thomas Mann. Comentando "la historia de la melancolía de la *Innerlichkeit* alemana", dijo que "la contrarrevolución romántica contra la Ilustración" había hecho contribuciones decisivas al "mundo viejo-nuevo de la reacción revolucionaria" de Weimar, así como al nacionalsocialismo. Hablando de la

³² Véase Craig, *The Germans*; Bohrer, *Die Ästhetik des Schreckens*, por lo que toca a la fascinación de los románticos políticos con la muerte y la violencia.

³³ Véase Barzun, *Classic, Romantic and Modern*; Lionel Trilling, *Sincerity and Authenticity* (Cambridge, Mass., 1969); y J. P. Stern, *Hitler*.

Alemania de Hitler, escribió Mann que "no hay dos Alemanias, una buena y una mala, sino sólo una, la que por la astucia del diablo puso lo mejor al servicio del mal".³⁴ El nacionalsocialismo conciliaba la *Innerlichkeit* con la tecnología moderna. Los modernistas reaccionarios eran ideólogos alemanes que seleccionaban de sus propias tradiciones nacionales los elementos que posibilitaban estas conciliaciones culturales.

Como dije antes, este libro une ciertos conceptos que a menudo se mantienen separados: cultura y significado, historia y política. Creo que es un enfoque realista; es decir, que ayuda a explicar el desarrollo de los acontecimientos. Compárese esto con las expectativas enteramente típicas que tenía Franz Neumann en 1942, en el sentido de que se desarrollaría "un conflicto muy profundo" entre el "carácter mágico" de la propaganda nazi y los procesos "rationales" de la industria moderna. Creía Neumann que este conflicto llevaría a los ingenieros alemanes a advertir antes que nadie que la ideología nazi era pura "basura". Creía también que los ingenieros constituirían "el derrumbe más grave del régimen", porque como practicantes de "la vocación más racional" se opondrían al mal uso de la tecnología por un "capitalismo monopólico totalitario".³⁵ En realidad, con pocas excepciones, los practicantes de la vocación más racional no rompieron con la dictadura alemana, y muchos de ellos llegaron a

³⁴ Mann, "Deutschland und die Deutschen", pp. 297-298.

³⁵ Neumann, *Behemoth*, pp. 471-472.

compartir su visión del mundo. La tradición modernista reaccionaria contribuyó a estas lealtades y afinidades ideológicas.

Al trazar esta tradición, prestaré mucha atención a lo que Clifford Geertz ha llamado el "proceso autónomo de la formulación simbólica", es decir, cómo "transforman las ideologías el sentimiento en significado y lo vuelven socialmente disponible". Los ideólogos hacen esto con el simbolismo, la metáfora y la analogía. Si hacen su trabajo bien, podrán ubicar los significados discordantes —*Technik* y *Kultur*, por ejemplo— en un marco unificado que da sentido a ciertas condiciones sociales de otro modo incomprensibles y posibilita la acción política dentro de estos contextos.³⁶

Los modernistas reaccionarios obtuvieron logros considerables. En el país de la contrarrevolución romántica contra la Ilustración, lograron incorporar la tecnología dentro del simbolismo y el lenguaje de la *Kultur* —comunidad, sangre, voluntad, yo, forma, productividad y finalmente la raza— sacándola del campo de la *Zivilisation*: la razón, el intelecto, el internacionalismo, el materialismo y las finanzas. La integración de la tecnología a la concepción del mundo del na-

³⁶ Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973), p. 211, 220. Sobre la política y el lenguaje, véase también Kenneth Burke, *The Philosophy of Literary Form* (Baton Rouge, La., 1941), especialmente su análisis de la retórica de Hitler, pp. 164-189; y *A Rhetoric of Motives* (Berkeley, 1950).

cionalismo alemán proveyó una matriz cultural que parecía restablecer el orden dentro de lo que estos pensadores consideraban una caótica realidad de la posguerra.³⁷ Lo que se inició como una tradición nativa de los ingenieros alemanes y los intelectuales derechistas, terminó en los lemas administrados por los nazis. Conciliando la tecnología con la *Innerlichkeit*, los modernistas reaccionarios contribuyeron a la nazi-ficación de la ingeniería alemana y a la primacía de la ideología y la política nazis sobre la racionalidad técnica y los cálculos de medios y fines del interés nacional hasta el término del régimen de Hitler. Contribuyeron a la unidad —antes que a la separación— de la ideología y la práctica política totalitarias en la dictadura alemana.

³⁷ Joachim Schumacher, *Die Angst vor dem Chaos* (París, 1937; reimpr., Francfort, 1972).

II. LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA DE WEIMAR

LA PRIMERA Guerra Mundial fue una fuente de esperanzas para los pesimistas culturales alemanes que creían en la posibilidad de una reversión radical del proceso de degeneración que en su opinión estaba amenazando el cuerpo y el alma de la nación. Su mensaje no decía primordialmente que el mundo estuviese condenado, sino que podría ser redimido y el deterioro podría detenerse y revertirse. Estas esperanzas colocaban a los nacionalistas de la posguerra en conflicto con los temas antiindustriales del nacionalismo alemán. A fines del siglo XIX había ocurrido una incorporación limitada de la tecnología a la imaginaria y el lenguaje nacionalistas, pero sobre todo de parte de los ingenieros.

La novedad en las discusiones de la tecnología y la cultura que se suscitaban en la Alemania de la posguerra era que, por primera vez, los intelectuales no técnicos estaban tratando de integrar la tecnología al lenguaje nacionalista. Como el resto del nacionalsocialismo —y el fascismo europeo—, estas ideas nacionalistas adquirieron un tono más duro a resultas de la *Fronterlebnis* de la primera Guerra Mundial, in-

cuparon en las controversias culturales de invierno de la posguerra, y alcanzaron la madurez política en la propaganda nazi. La confrontación entre *Technik und Kultur* no se inició en la República de Weimar. Los grandes avances tecnológicos de la primera y la segunda revoluciones industriales, basados en el vapor, la electricidad y la química, se habían introducido a Alemania en el siglo XIX, y la jerga de la autenticidad, el romanticismo alemán, la tradición apolítica y la desconfianza de la Ilustración también acompañaron al ascenso del Reich prusiano.

Pero si la confrontación entre la tecnología y la cultura no se inició en Weimar, ciertamente culminó en esa época. Incluso tenía un nombre propio, *die Streit um die Technik*, el debate sobre la tecnología.¹ Centenares de libros, conferencias y ensayos surgieron de las universidades técnicas y de los intelectuales no técnicos, en todos los puntos del abanico político, acerca de la relación existente entre el alma de Alemania y la tecnología moderna. La confrontación entre el avance tecnológico y las tradiciones del nacionalismo alemán era más aguda en Weimar que en cualquier otra época anterior o posterior de la historia alemana moderna, así como en cualquier otro lugar de Europa después de la primera Guerra Mundial. La batalla sobre *Technik und Kultur* se libraba en un marco de derrota militar, revoluciones frustradas, contrarrevolu-

¹ Friedrich Dessauer, *Die Streit um die Technik* (Frankfurt, 1958).

lución afortunada, una Izquierda dividida, una Derecha amargada y resentida, y el famoso antiliberalismo de Alemania que no podía soportar los desafíos de los extremos políticos. La cultura de Weimar fue el crisol donde la síntesis cultural que estoy llamando modernismo reaccionario se forjó y recibió un filo nuevo, más duro, que finalmente la alinearía con la revolución cultural prometida por Hitler. La historia del ascenso y el derrumbe de la República de Weimar ha sido narrada a menudo y competentemente. Lo que sigue recordará al lector los sucesos que crearon el marco para el surgimiento del modernismo reaccionario en la posguerra.

La historia de la República de Weimar suele dividirse en tres periodos. El primero se inicia en noviembre de 1918, con la derrota en la primera Guerra Mundial seguida por la imposición del Tratado de Versalles, los levantamientos revolucionarios izquierdistas, la guerra civil y la respuesta armada contrarrevolucionaria de la Derecha, divisiones finalmente fatales entre la Izquierda reformista y la Izquierda revolucionaria, ocupación extranjera del Ruhr, y la inflación de 1923. Las revueltas obreras no lograron acabar con el poder social y político de los *junkers*, los industriales, el ejército y la burocracia estatal —los pilares de la coalición prusiana de antes de la guerra—, y la inflación enconó a la clase media y debilitó el vigor

de los más fuertes defensores de la república en los sindicatos y en el Partido Socialdemócrata (SPD). Se inició un experimento político formalmente republicano, democrático, en medio de los legados autoritarios de la industrialización alemana.

El segundo periodo, que suele llamarse la fase de estabilización, se inició con la estabilización fiscal de 1924, la que detuvo la hiperinflación, alejó —por lo menos durante cierto tiempo— los desafíos de la extrema Derecha y la extrema Izquierda, e inició un periodo de crecimiento de la inversión y racionalización de la industria. Fue durante este periodo de relativa prosperidad y estabilidad política cuando llegaron a la cúspide la norteamericanización, el fordismo y la armonía clasista basada en los arreglos corporatistas que promovían la expansión de la productividad. Pero la brecha subyacente entre las instituciones políticas formalmente republicanas y democráticas de Weimar y los legados sociales, económicos e ideológicos antiliberales de Alemania, no superados aún, resurgió entre 1929 y 1933, cuando la depresión resultó inmanejable para el sistema político alemán. En este último periodo crecieron el desempleo y los extremos políticos, se contrajeron los partidos centristas, la clase media baja se vio atraída por los nazis, los comunistas continuaron atacando a los socialdemócratas como “fascistas sociales”, los intelectuales derechistas soñaban con aplastar la república, y finalmente los con-

servadores recurrieron a Hitler para que ejecutara los ritos finales.²

Weimar era una república sin republicanos por varias razones. Primera, los intelectuales derechistas y los partidos políticos la atacaron desde el principio como el símbolo de la humillación nacional y la derrota militar. La Derecha rechazaba la democracia parlamentaria simplemente como algo antialemán y pedía el gobierno autoritario para aplastar a la Izquierda, abrogar las disposiciones del Tratado de Versalles, y exponer la vergüenza de los "criminales de noviembre" de 1918 que habían aceptado implícitamente la responsabilidad de Alemania por la guerra. Hitler pudo explotar eficazmente el abismo existente entre el ejército y la república, y pudo presentar la destrucción del parlamento y los sindicatos como un acto de redención nacional, emancipación política, recuperación económica y avance tecnológico. No es extraño que los intelectuales derechistas se refirieran a la política de destrucción de la república como el renacimiento y la reaparición de la nación.³

² Sobre la historia de la República de Weimar, véase Karl Dietrich Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik: Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie*, 2a. ed. (Stuttgart, 1957); y *The German Dictatorship*, trad. Jean Steinberg (Nueva York, 1970), pp. 124-227; Gordon Craig, *Germany: 1866-1945* (Nueva York, 1980), pp. 396-568; Peter Gay, *Weimar Culture: The Outsider as Insider* (Nueva York, 1968); y Walter Laqueur, *Weimar: A Cultural History, 1918-1933* (Nueva York, 1974).

³ La colección de ensayos de Ernst Jünger publicada con

Una segunda razón para llamar a Weimar una república sin republicanos se relaciona con las decepciones de la Izquierda. En virtud de que Weimar era un esfuerzo por establecer la democracia política sobre cimientos sociales conservadores, los socialdemócratas hubieron de virar hacia la Derecha para aplastar la amenaza de la revolución proveniente de la Izquierda. Esto sólo ahondó la escisión existente entre los socialdemócratas y los comunistas, la que había surgido ya con grandes dimensiones durante la guerra, y esto debilitaba a la Izquierda mientras reforzaba a la Derecha nacionalista.⁴ Como ha dicho recientemente Charles Maier, el dilema de los centristas políticos, tales como Stresemann, o los socialdemócratas, era que "el gobierno debe optar por contener la tensión social en términos conservadores o no contenerla en absoluto". Resultaba imposible oponerse al ejército, la gran industria, los *junkers*, los grupos paramilitares derechistas y los antisemitas, y todavía superar la inflación y evitar el derrumbe económico y la fragmentación territorial sin romper con las fuerzas prolaboristas que simpatizaban más con las instituciones políticas de Weimar. Por lo tanto, aquellos cuyos intereses socia-

el título de *Krieg und Krieger* (Berlín, 1930) era representativa de estas posturas. El análisis que hace Joachim Fest de "el gran terror" en *Hitler*, trad. Richard Winston y Clara Winston (Nueva York, 1974), contiene algunos comentarios perspicaces sobre el espíritu de renacimiento y de revolución cultural de la Derecha alemana.

⁴ Véase sobre este punto Craig, *Germany*, pp. 396-433.

les eran defendidos por la república detestaban sus instituciones políticas, y quienes podrían haber simpatizado más con sus instituciones políticas estaban amargados porque no habían obtenido las ganancias sociales que esperaban.⁵

Dentro de la Derecha alemana había, después de la primera Guerra Mundial, varios autores que defendían una ideología nacionalista, más acorde con la época moderna y menos restringida por el conservadurismo prusiano tradicional. Conocidos colectivamente como la "revolución conservadora", estos autores se oponían vehementemente a la República de Weimar, a la que identificaban con la guerra perdida, Versalles, la inflación de 1923, los judíos, la cultura masiva cosmopolita y el liberalismo político.⁶ Contemplaban un nuevo Reich de enorme vigor y unidad, rechazaban la idea de que la acción política debería guiarse por criterios racionales, e idealizaban la vio-

⁵ Charles Maier, *Recasting Bourgeois Europe: Stabilization in France, Germany and Italy in the Decade After World War I* (Princeton, N. J., 1975), pp. 385-386; y David Abraham, *The Collapse of the Weimar Republic* (Princeton, N. J., 1981).

⁶ Hugo von Hoffmannstahl, el poeta austriaco, usó por primera vez el término de la "revolución conservadora" en *Das Schriftum als geistiger Raum der Nation* (Munich, 1927). Se refería a los numerosos alemanes que "no buscaban libertad sino lazos comunales". Citado en Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair* (Nueva York, 1961), p. 27. Véase también Hermann Rauschning, *The Conservative Revolution* (Nueva York, 1941).

lencia por sí misma. Denunciaron lo que creían era el aburrimiento y la complacencia de la vida burguesa, y buscaban la renovación en una "barbarie" energizante. Gordon Craig los ha descrito correctamente como "la avanzada intelectual de la revolución derechista que habría de estallar en 1933", la que, aunque despreciaba al nacionalsocialismo y a Hitler, "ayudó en gran medida a allanarle el camino hacia el poder".⁷ Dentro y fuera de la profesión ingenieril, los defensores de la revolución conservadora contribuían también de manera importante a la tradición modernista reaccionaria. Ésta es una paradoja cultural, ya

⁷ Craig, *Germany*, pp. 486-487. Es extensa la literatura sobre la revolución conservadora. Véase también Bracher, *The German Dictatorship*, pp. 142-143; Wolfgang Hock, *Deutscher Antikapitalismus* (Frankfurt, 1960); Heide Gerstenberger, *Der revolutionäre Konservatismus* (Berlín, 1969); Klemens von Klemperer, *Germany's New Conservatism* (Princeton, N. J., 1957); Herman Lebovics, *Social Conservatism and the Middle Classes in Germany* (Princeton, N. J., 1969); Armin Mohler, *Die konservative Revolution in Deutschland, 1918-1932*, 2a. ed. (Darmstadt, 1972); George Mosse, "The Corporate State and the Conservative Revolution", en *Germans and Jews: The Right, the Left and the Search for a "Third Force" in Pre-Nazi Germany* (Nueva York, 1970), pp. 116-143; Karl Prumm, *Die Literatur des soldatischen Nationalismus der 20er Jahre: 1918-1933*, 2 vols. (Kronberg, 1974); Otto-Ernst Schüddekopf, *Linke Leute von Rechts: National-bolschewismus in Deutschland: 1918-1933* (Frankfurt, 1973); Kurt Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik* (Munich, 1968); Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*; y Walter Struve, *Elites Against Democracy* (Princeton, N. J., 1973).

que el sentido común sugeriría que los partidarios del irracionalismo y el nihilismo detestarían la tecnología moderna como una manifestación de la racionalidad y la fe en el progreso histórico. En este capítulo analizaré los temas, las personalidades, las bases sociales y generacionales, y las dimensiones característicamente alemanas de la revolución conservadora de Weimar, a fin de enfocar mejor esta paradoja.

La base social de la revolución conservadora era la clase media, definida ampliamente. La *Mittelstand* alemana incluía a los agricultores pequeños y medianos, los artesanos y tenderos, los empleados de la gran industria y el servicio público, y la clase media profesional: abogados, médicos, profesores, empleados públicos de alto nivel e ingenieros.⁸ Estos grupos diversos estaban conectados por reacciones comunes al rápido desarrollo del capitalismo industrial en Alemania. Ansiosos y temerosos del gran capital por una parte, y de la clase obrera sindicalizada por la otra, estas personas concebían la nación como una unidad redentora.⁹ Los voceros de la Derecha nacionalista sostenían que sólo el Estado nacional estaba por encima de los estrechos intereses clasistas. La clase media alemana abrazó con entusiasmo la promesa de una "primacía

⁸ Arno Mayer, *Dynamics of Counterrevolution in Europe, 1870-1956* (Nueva York, 1971), p. 66.

⁹ Lebovics, *Social Conservatism*, pp. 4-11. Véase también el relato clásico de Emil Lederer, *Die Privatangestellten in der modernen Wirtschaftsordnung*. (Tubinga, 1912).

de la política" sobre el interés propio egoísta, una promesa motivada por el "idealismo" nacional más bien que por el "materialismo" liberal, marxista, judío, francés o inglés, o el cosmopolitismo. Herederos de una tradición antiliberal por principio de cuentas, aquellos cuyos ahorros se habían esfumado en la inflación de 1923 y que habían afrontado la bancarrota y el desempleo en la depresión, respondieron favorablemente a la promesa hecha por Hitler al "hombre pequeño" de que los años del "caos" se acercaban a su fin.¹⁰

La *Mittelstand* alemana era una clase intermedia en un sentido temporal y social, una característica que Ernst Bloch ha descrito como su *Ungleichzeitigkeit*, su mezcla de experiencia moderna, capitalista e industrial, al lado de la vida tradicional, precapitalista y preindustrial.¹¹ La *Mittelstand* vivía en las ciudades y trabajaba en la industria moderna, pero los recuerdos de la vida en un pueblo pequeño y las formas menos racionalizadas de la producción estaban vivos todavía en la Alemania de los años veinte. El análisis de la conciencia de la clase media alemana era desusado porque se centraba exclusivamente en el antimodernismo de las clases medias y llamaba la atención sobre su aceptación selectiva de la modernidad.

¹⁰ Véase Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, pp. 152-153; Mayer, *Dynamics of Counterrevolution*; Lebovics, *Social Conservatism*.

¹¹ Ernst Bloch, *Erbschaft dieser Zeit* (Frankfort, 1962), pp. 104-126.

Pero lo más importante era que el análisis de Bloch se oponía al sesgo racionalista de la ortodoxia marxista. Sugería Bloch que la atracción del nazismo se debía menos al antimodernismo tradicional que a la promesa de una redención cultural y emocional mediante la aceptación de algunos aspectos del mundo moderno, de acuerdo con las tradiciones nacionales alemanas. Por lo tanto, los voceros de la Derecha tendrían que ser entendidos en una forma más diferenciada. Ellos eran los revolucionarios reales, no los liberales, los socialdemócratas o los marxistas. Eran los únicos que no prometían más de la misma *Entseelung* (pérdida del alma), sino una renovación del alma en un contexto moderno.¹² Las yuxtaposiciones sociológicas de la tradición y la modernidad, o del progreso y la reacción, no captan las paradojas de la *Ungleichzeitigkeit*. Es en la literatura, sobre todo en el *Doctor Faustus* de Thomas Mann, donde encontramos una descripción sociológica adecuada de la revolución conservadora como un "mundo viejo-nuevo de la reacción revolucionaria".

¹² *Ibid.* Joachim Fest explica también cómo "el fascismo sirvió a la aspiración del período a un levantamiento general con mayor eficacia que sus antagonistas", *Hitler*, p. 105. Véase también Ernst Bloch, "Die Angst des Ingenieur", y "Technik und Geistererscheinungen", en *Verfremdungen I* (Francfort, 1962). Anson Rabinbach aporta una útil introducción a la contribución de Bloch en "Ernst Bloch's Heritage of Our Times and the Theory of Fascism", *New German Critique*, 11 (1977), pp. 5-21.

Además de compartir su carácter de miembros de la clase media alemana, los revolucionarios conservadores eran cohortes generacionales. Aunque algunos de los participantes, como Oswald Spengler (1880-1936) y Moeller van den Bruck (1876-1925), maduraron antes de la guerra, la revolución conservadora como un movimiento social y cultural fue un producto de la guerra perdida y sus consecuencias.¹³ La revolución conservadora confirma vívidamente las afirmaciones de Karl Mannheim que relacionan la experiencia generacional compartida con las perspectivas políticas compartidas. Mannheim se concentró en los últimos años del decenio iniciado en 1910 y en los primeros años del decenio siguiente, en la formación de la conciencia política individual. Las figuras principales de la revolución conservadora y del nacional-socialismo nacieron entre 1885 y 1895. Sus años formativos, en el sentido de Mannheim, ocurrieron durante la Gran Guerra.¹⁴ La guerra les enseñó a despreciar la sociedad burguesa, los acostumbró a la violencia y

¹³ Armin Mohler, *Die konservative Revolution in Deutschland*, contiene gran cantidad de información biográfica sobre los participantes en la revolución conservadora.

¹⁴ Véase Mohler, *Die konservative Revolution in Deutschland*. Véase también Karl Mannheim, "The Problem of Generations", en *Essays in The Sociology of Culture* (Nueva York, 1952), pp. 276-332. Véase también Robert Wohl, *The Generation of 1914* (Cambridge, Mass., 1979). Wohl aplica la sociología de las generaciones de Mannheim a los intelectuales derechistas de Inglaterra, Francia, Alemania, España e Italia, en la primera posguerra.

les dio un sentido de comunidad que más tarde añorarán.¹⁵ Hannah Arendt escribió alguna vez acerca de "los tesoros perdidos de la tradición revolucionaria" como fugaces momentos de comunidad y de discusión política (los comités de correspondencia estadounidenses, los soviets y los consejos obreros rusos y europeos después de la primera Guerra Mundial, la revolución húngara de 1956, fueron algunos ejemplos), cuando el ideal abstracto de la buena sociedad se convertía en una realidad histórica efectiva. La Derecha, no menos que la Izquierda, había perdido sus tesoros. En Weimar, la comunidad masculina de las trincheras, recreada en grupos paramilitares tales como los *Freikorps*, proveía a la tradición reaccionaria su utopía concreta, su visión de una buena sociedad, y su tesoro perdido.¹⁶

¹⁵ Un buen ejemplo es el de Alfred Bäumler, *Männerbund und Wissenschaft* (Berlín, 1934). Sobre Bäumler y el nacionalsocialismo, véase Lukács, *Die Zerstörung der Vernunft*, Band III, *Irrationalismus und Imperialismus* (Darmstadt, 1962), pp. 204-206.

¹⁶ Hannah Arendt, "The Revolutionary Tradition and Its Lost Treasure", en *On Revolution* (Nueva York, 1965), pp. 217-285. Sobre la importancia política e ideológica de la primera Guerra Mundial para el nacionalsocialismo, véase también Timothy Mason, *Sozialpolitik im Dritten Reich: Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft* (Oopladen, 1978); y "Die Erbschaft der Novemberrevolution für den National Sozialismus", en *Sozialpolitik im Dritten Reich*, pp. 15-41; reproducido con el título de "The Legacy of 1918 for National Socialism", en *German Democracy and the Triumph of*

Como señalamos antes, la guerra fue un punto de inflexión para el anticapitalismo romántico. Fue después de la guerra cuando los revolucionarios conservadores asociaron el irracionalismo, la protesta contra la Ilustración, y un culto romántico a la violencia, con un culto a la técnica. Sobre todo entre los intelectuales no técnicos, la guerra estimuló el desarrollo de ideas modernistas reaccionarias. Ernst Jünger expresó una concepción derechista ampliamente aceptada cuando conectó la tecnología con la *Gemeinschaft* de tiempos de guerra, más bien que con la fragmentada *Gesellschaft* de la posguerra. Cuando los hombres cultos derechistas idealizaban a las comunidades perdidas del pasado, miraban en retrospectiva al campo de batalla y las trincheras de la modernidad, no al ambiente pre-industrial. La *Kriegserlebnis* (experiencia de la guerra) presentaba a la reacción de la posguerra una opción masculina completamente moderna frente a la sociedad burguesa, una opción preferible a las fantasías afeminadas y escapistas de las generaciones anteriores de conservadores menos audaces.

La revolución conservadora ocurrió en las universidades, los clubes políticos y las pequeñas revistas, y alrededor de ellos. Estas instituciones constituían su esfera pública.¹⁷ En esta atmósfera de sectarismo dere-

Hitler, comps. Anthony Nicholls y Erich Mathias (Londres, 1971).

¹⁷ Sobre el concepto de la esfera pública, véase Jürgen Habermas, *Strukturwandel der Öffentlichkeit* 3 (Neuwied,

chista, el carisma de la *Kriegserlebnis* se veía sostenido por una oposición cultural-política a la república que estaba en marcha. Entre 1918 y 1933, la Derecha alemana incluía más de 550 clubes políticos y 530 revistas.¹⁸ Algunos de ellos duraban semanas o meses; otros, como *Die Tat* (La Obra), con un tiraje de 30 000 ejemplares, o *Die Standarte*, la revista de los veteranos de guerra, con una circulación de 110 000 ejemplares, perduraron durante toda la vida de la república.¹⁹ Para el momento en que los libros de Jünger o de Spengler llamaron la atención de un público lector más amplio, ya habían sido discutidos y refinados dentro de esta esfera pública derechista, más estrecha pero nada pequeña. La esfera servía como un incubador lingüístico y político de la ideología que

1974). Habermas atribuye una dimensión normativa a la esfera pública: defiende la idea liberal de la discusión pública de diferentes puntos de vista. Aquí estoy usando el término en un sentido estrictamente descriptivo para referirme a un foro donde se discute la política sin que estén representados necesariamente todos los puntos de vista. De acuerdo con estos lineamientos, los críticos de Alemania Occidental han hablado de una esfera pública "fascista" o "proletaria", usos que son realmente contradictorios en sí mismos. Véase la revista berlinesa de política cultural, *Ästhetik und Kommunikation*, 26 (1976), en lo tocante a la "faschistische Öffentlichkeit"; Eberhard Knodler-Bunte, "Fascism as a Depolitized Mass Movement", *New German Critique*, 11 (primavera de 1977), pp. 39-48.

¹⁸ Mohler, *Die konservative Revolution*, pp. 539-554.

¹⁹ Sontheimer, *Antidemokratisches Denken*, p. 33.

ofrecía a los autores apoyo financiero y lectores simpatizantes.

Algunas de las revistas derechistas más importantes de la posguerra eran las siguientes: *Das Gewissen* (La Conciencia), conectada con el Club de Junio, un lugar de reunión para ex soldados, escritores conservadores (especialmente Moeller van den Bruck) e industriales. Se publicó desde 1919 hasta 1927, y tenía una circulación de 10 000 ejemplares en su mejor momento. Sus temas principales eran ataques al liberalismo de Weimar y llamados a la renovación del espíritu nacionalista y al rearme.²⁰ Entre 1929 y 1933, *Die Tat* era la revista más leída entre la Derecha. Sus figuras centrales eran Hans Zehrer y Ferdinand Fried, ambos miembros del movimiento juvenil de antes de la guerra. *Die Tat* proclamaba un anticapitalismo de clase media dirigido contra el "materialismo" del capital y el trabajo organizados, y estaba a favor de la intervención estatal autoritaria que según se suponía liberaría al Estado de los grilletes de la demora parlamentaria.²¹

Die Standarte era la más influyente de las revistas que defendían las posturas de la generación "frontal". Otras revistas eran *Deutsches Volkstum* (Cualidades

²⁰ Klemperer, *Germany's New Conservatism* (Princeton, N. J., 1957); Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*, pp. 279-293.

²¹ Kurt Sontheimer, "Der Tatkreis", y *Antidemokratisches Denken*. Sobre las concepciones económicas del grupo alrededor de *Die Tat*, véase Hock, *Deutscher Antikapitalismus*.

Alemanas del Pueblo), *Ja und Nein* (Sí y No), *Arminius: Kampfschrift für deutsche Nationalisten* (Arminius: Escritos de Batalla para los Nacionalistas Alemanes), *Die Kommenden* (Lo Que Viene), *Die Standarte: Beiträge zur geistigen Vertiefung des Frontgedankens* (El Estandarte: Contribuciones a la Profundización Espiritual de las Ideas del Frente), *Standarte: Wochenschrift des Neuen Nationalismus* (Estandarte: Semanario del Nuevo Nacionalismo), *Der Vormarsch* (El Avance), y *Widerstand: Zeitschrift für nationalrevolutionäre Politik* (Resistencia: Revista para la Política Nacional Revolucionaria).²² Una de las ironías de la toma del poder por parte de Hitler fue que esta abundancia de pequeñas revistas y clubes políticos, que ayudaron tanto a su ascenso al poder,

²² Véase Karl Prumm, *Die Literatur des soldatischen Nationalismus der 20er Jahre: 1918-1933*, 2 vols. (Kronberg, 1974); y "Das Erbe der Front: Der antidemokratische Kriegerroman der Weimarer Republik und seine nationalsozialistische Fortsetzung", en *Die deutsche Literatur im Dritten Reich*, comps. Horst Denkler y Karl Prumm (Stuttgart, 1976), pp. 138-164. La obra de Prumm es importante para el análisis de la mezcla de corrientes irracionales y modernistas en la ideología nacionalsocialista. Véase una bibliografía completa del periodismo de Ernst Jünger en la época de Weimar en Hans Peter des Coudres, *Bibliographie der Werke Ernst Jünger* (Stuttgart, 1970), pp. 50-56. Prumm ofrece el análisis más extenso de estos escritos en *Die Literatur und Werk* (Frankfurt, 1957); y Hans-Peter Schwarz, *Die konservative Anarchist: Politik und Zeitkritik Ernst Jüngers* (Friburgo, 1962).

quedó abolida cuando los nazis cumplieron su promesa de imponer el control totalitario sobre la política alemana.

Fritz Stern ha descrito la revolución conservadora como "un ataque ideológico a la modernidad, al complejo de ideas e instituciones que caracterizan nuestra civilización liberal, secular e industrial".²³ No hay duda de que los revolucionarios conservadores eran hostiles a la racionalidad del liberalismo y la Ilustración, pero la totalidad de sus ideas acerca de la tecnología moderna era más diferenciada que lo ofrecido por las figuras examinadas por Stern: Lagarde, Langbehn y Van den Bruck. El sentido común y la naturaleza dicotómica de la teoría marxista y la teoría de la modernización implican que los defensores del "pensamiento con la sangre" rechazarían las tecnologías complejas. Pero no ocurrió así. Para apreciar la naturaleza paradójica del modernismo reaccionario como un sistema cultural, es importante reseñar algunas de las tradiciones de la Derecha alemana que sugieren una incompatibilidad total con la tecnología moderna.

Los revolucionarios conservadores eran herederos de las tradiciones irracionales europeas, las que asumían un matiz particularmente intenso en Alemania debido a la politización de la *Lebensphilosophie*, la filosofía de la vida. Los intelectuales derechistas de Weimar decían estar en contacto con "la vida" o "la

²³ Stern, *The Politics of Cultural Despair*, p. 7.

experiencia", o sea que ocupaban una posición política más allá de toda justificación racional.²⁴ Para los revolucionarios conservadores, ninguna acusación era más destructiva que la descripción de una idea o una institución —el positivismo, el liberalismo, el marxismo, la ciencia, el parlamento, la razón— como *lebensfeindlich* (hostil a la vida). Por supuesto, se veían a sí mismos como representantes de todo lo que era vital, cósmico, elemental, apasionado, voluntarioso

²⁴ Lukács destacó la importancia de la *Lebensphilosophie* en *Die Zerstörung der Vernunft*, Band III, *Irrationalismus und Imperialismus*. Este volumen incluye el análisis —a menudo no demasiado sutil— que hace Lukács de los antecedentes del nacionalsocialismo en la filosofía alemana: Nietzsche, Dilthey, Simmel, Spengler, Scheler, Heidegger, Jaspers, Klages, Jünger, Bäumler, Boehm, Kriek y Rosenberg. Lukács no distinguió entre las obras de Nietzsche y el uso que les dieron los nazis, ni fue justo con los críticos del positivismo —sobre todo Simmel— cuando los acusó de contribuir al clima "irracionalista" que condujo al nazismo. Adorno consideró la obra como una prueba de "la destrucción de la razón del propio Lukács" y un reflejo de la represión cultural de la época de Stalin. Pero el propio Adorno convino con Lukács en que la *Lebensphilosophie* fue prominente en el ataque derechista a la razón. Véase su *Jargon of Authenticity*, trad. Kurt Tarnowski y Frederic Will (Evanston, Ill., 1973). Aunque la *Lebensphilosophie* no era exclusivamente un subjetivismo derechista, sino una de esas tradiciones alemanas que contenían un fondo de metáforas correspondientes a la ideología derechista. Si se interpretó mal a Nietzsche, por ejemplo, la mala interpretación fue notablemente consistente. Véase sobre este punto J. P. Stern, *Hitler: The Führer and the People* (Berkeley, 1975), pp. 43-77; y Ernst Nolte, *Three Faces of Fascism*, trad. Leila Vennewitz (Nue-

y orgánico, de lo intuitivo y lo viviente antes que lo racional y lo muerto.²⁵

La contribución del romanticismo alemán a la revolución conservadora fue decisiva. Los intelectuales derechistas eran románticos políticos en la medida en que invocaban lo que llamara Max Weber la ética de los fines últimos, más bien que una ética de responsabilidad. Había mucho en la tradición romántica alemana y sus modernas variantes nietzscheanas que denigraba el papel de la razón en la política y/o veía en la política sobre todo oportunidades para la autorrealización, la experiencia auténtica o las identidades nuevas, concepciones de la política que también defendía el nacionalsocialismo.²⁶ El renacimiento de la nación significaría también la renovación de la identidad personal. Este hincapié existencialista en el yo sustituía a las concepciones más prosaicas de la políti-

va York, 1966), pp. 441-446. Jürgen Habermas nos previene contra el rechazo apresurado de las críticas del positivismo en su reseña de la obra de Fritz Ringer, *The Decline of the German Mandarins*, "Die deutschen Mandariner", en *Philosophisch-politische Profile* (Frankfort, 1973), pp. 239-251; David Bathrick y Paul Breines en "Marx oder Nietzsche: Anmerkungen zur Krise des Marxismus", en *Karl Marx und Friedrich Nietzsche*, comps. Reinhold Grimm y Jost Hermand (Königstein, 1978), pp. 119-135, analizan la crítica nietzscheana izquierdista del cientificismo marxista.

²⁵ Véase Sontheimer, *Antidemokratisches Denken*, pp. 56-61, en lo tocante a la "*Lebensphilosophie* vulgar".

²⁶ J. P. Stern, *Hitler*; y Adorno, *The Jargon of Authenticity*.

ca como un balanceo de medios y fines con una sed por la acción y el compromiso por sí mismos. Si la política nacionalista disolvía todos los problemas personales en una gran transformación política colectiva, la fuerza y la violencia se justificarían sin duda para provocar el renacimiento nacional. Muchos de los revolucionarios conservadores despreciaban a Hitler y los nazis, pero no podían negar que su propia sed romántica por la acción y el compromiso por sí mismos formaba parte también del atractivo y el programa de Hitler. Como dijera entonces Carl Schmitt, "Todo lo romántico está al servicio de otras energías no románticas".²⁷ Consistentes con su irresponsabilidad política y su romanticismo, los revolucionarios conservadores no se preguntaban cuáles serían las consecuencias de la destrucción de la democracia de Weimar.

Friedrich Georg Jünger (hermano de Ernst) expresó una idea revolucionaria conservadora generalizada cuando escribió en su *Der Aufmarsch des Nationalismus* (1926) que la racionalidad era sinónimo de debilidad, decadencia y falta de sentimientos comunales, características de los intelectuales que "traicionan la sangre con el intelecto". Jünger comparaba favorablemente la "comunidad de la sangre" (*Blutgemeinschaft*) con la "comunidad de la mente" (*Geistgemeinschaft*), añadiendo que "una comunidad de sangre no [necesita]

justificarse: vive, está allí sin necesidad de ninguna justificación intelectual". Los revolucionarios conservadores identificaban a Alemania con la *Blutgemeinschaft*, mientras relegaban a la *Geistgemeinschaft* las personas, ideas e instituciones que despreciaban: Inglaterra, Francia, la democracia, el parlamento, Weimar, el liberalismo económico y político, el socialismo marxiano, y a menudo los judíos. En la visión representativa de Jünger, la política se proponía posibilitar la realización de la *Blutgemeinschaft* sobre la *Geistgemeinschaft* racionalizada y sin alma.²⁸

La yuxtaposición que hace Jünger de la mente y la sangre presenta una importante característica paradójica de la revolución conservadora: ésta era el estudio de un caso particular del antiintelectualismo de los intelectuales. Estos intelectuales atacaban la abstracción y el intelecto mientras aclamaban la intuición, el yo y la inmediatez. Habrían rechazado la etiqueta de "intelectuales", con sus connotaciones francesas, izquierdistas, cosmopolitas y judías. En la jerga nazi, el término era una expresión de desprecio y ridículo. Si la vida o la sangre eran la fuerza central en la política, no tenía caso ocuparse del análisis crítico. La ideología era necesaria, pero no los intelectuales, porque todos tenían sentimientos y podían ser así su propio ideólogo. Los revolucionarios conservadores escribían

²⁸ Friedrich Georg Jünger, *Der Aufmarsch des Nationalismus*, p. 21, citado por Sontheimer, *Antidemokratisches Denken*, p. 56.

²⁷ Carl Schmitt, *Politische Romantik* (Munich, 1919), p. 162.

en una atmósfera profundamente antiintelectual de *junkers*, generales, y el Partido Nazi que surgía. Como los intelectuales fascistas de otras partes de Europa, su autodesprecio era el otro lado de una fascinación por la violencia, la acción... y la tecnología.

A pesar de su actitud hostil hacia los intelectuales, los revolucionarios conservadores eran intelectuales. Es decir, eran vistos y se veían a sí mismos como una *élite* cultural con una responsabilidad y una habilidad especial para trabajar con tradiciones, ideas, símbolos y significados en un esfuerzo por darle sentido a su época. Usaban algunas tradiciones sin cambio mientras que alteraban otras en una forma que Raymond Williams ha llamado la "obra de la tradición selectiva" para subrayar una activa revisión de las tradiciones y los simbolismos recibidos para afrontar situaciones y sucesos nuevos y potencialmente perturbadores.²⁹ Ya hemos mencionado algunas de las tradiciones alemanas a las que recurrían los revolucionarios conservadores, a saber: el romanticismo, la ideología *völkisch*, el lenguaje existencialista del yo y la autenticidad, una aceptación generalizada del darwinismo social, la *Lebensphilosophie*, las visiones wagnerianas del apocalipsis y la transformación, la proclamación amorral de la

²⁹ Raymond Williams, *Marxism and Literature* (Nueva York, 1977), pp. 122-123. Véase también Edward Shils por lo que toca a la relación existente entre las tradiciones de las *élites* intelectuales y la política moderna en *The Intellectuals and the Powers, and Other Essays* (Chicago, 1972).

estética por parte de Nietzsche, y una antipatía general hacia el pensamiento y la moral de la Ilustración.³⁰ Aunque es cierto que algunos elementos de estas tradiciones podían encontrarse por toda Europa en el primer tercio del siglo, en ningún lugar constituían una parte tan importante de la identidad nacional como en la *Kulturnation*.

La hazaña de los modernistas reaccionarios dentro de la revolución conservadora fue la demostración de que esta protesta cultural nacional podía servir para proclamar, en lugar de denunciar, la mecanización de la guerra y del trabajo. Por ejemplo, la Izquierda nietzscheana —Martin Buber y Gustav Landauer, para sólo nombrar dos casos— veía la idea de la voluntad de poder como un lema de la protesta individual contra la mecanización y el positivismo; la Derecha nietzscheana hacía lo contrario.³¹ Los intelectuales derechistas se conectaban con la vanguardia modernista por cuanto defendían también un esteticismo amorral "más allá del bien y del mal" que podía yuxtaponer la guerra y la técnica a la decadencia civil.³² Ernst

³⁰ Véase Fest, *Hitler*, pp. 36-57; J. P. Stern, *Hitler*, pp. 43-49. Acerca de Wagner, véase Jacques Barzun, *Marx, Darwin, and Wagner* (Nueva York, 1958), pp. 231-339.

³¹ Bathrick y Breines, "Marx oder Nietzsche".

³² Véase sobre este punto Karl-Heinz Bohrer, *Die Ästhetik des Schreckens: Die Pessimistische Romantik und Ernst Jüngers Frühwerk* (Munich, 1978), esp. pp. 13-64, que incluye su análisis de la separación entre la estética y la moral en la avanzada europea de 1890 a 1930; y Ansgar Hillach,

Jünger, por ejemplo, proclamaba la voluntad sobre la racionalidad "sin vida" señalando su presencia en una "dureza" no burguesa y antiburguesa, evidente en la "batalla" contra la naturaleza, librada con instrumentos tecnológicos. Jünger, uno de los modernistas reaccionarios más conscientes de sí mismos, escribió que Nietzsche no tenía lugar para la máquina "en su panorama renacentista. Pero nos enseñó que la vida no es sólo una lucha por la existencia diaria sino también una lucha por metas más altas y más profundas. Nuestra tarea es la aplicación de esta doctrina a la máquina".³³ Karl-Heinz Bohrer, el crítico alemán occidental, en un estudio reciente de Ernst Jünger, ha destacado las contribuciones de los teóricos europeos de la decadencia, tales como Wilde y Baudelaire, en este esfuerzo. Elevando la idea de la belleza sobre las disposiciones normativas, conectando este concepto de la belleza a una noción elitista de la voluntad, y finalmente interpretando la tecnología como la materialización de la voluntad y la belleza, los intelectuales derechistas de Weimar contribuyeron a una aceptación irracionalista y nihilista de la tecnología.³⁴

Spengler ofreció otra variante del uso selectivo del legado nietzscheano. Se concentró en el ataque de

"Die Ästhetisierung des politischen Lebens", en *Walter Benjamin in Kontext*, comp. Walter Burkhardt (Frankfurt, 1978), pp. 127-167.

³³ Ernst Jünger, "Die Maschine", *Standarte*, 15 (1925), p. 2. Citado también por Loose, *Gestalt und Werk*, p. 364.

³⁴ Bohrer, *Die Ästhetik des Schreckens*.

Nietzsche contra la "moral esclava" cristiana para apoyar una defensa de la desigualdad surgida del darwinismo social. Spengler equiparaba lo bueno con el poder y lo malo con la impotencia. Frente a lo que describían como una decadencia burguesa, Spengler y sus colegas revolucionarios conservadores luchaban por el resurgimiento de una élite masculina, una "bestia de caza" (*Raubtier*) cuya voluntad no hubiese sido domada todavía por el efecto feminizante de la moral cristiana y burguesa.³⁵ Los intelectuales derechistas de Weimar presentaban la guerra, el militarismo y el nacionalismo como el caldo de cultivo de un hombre nuevo, posterior a la decadencia, antiburgués. Nietzsche había dado a estos pensadores un lenguaje antiburgués, así como el *pathos* de una lucha heroica contra la convención. Ellos transformaron su mensaje de fines del siglo XIX en un elemento eficaz de la política de la juventud en Weimar.

Aunque el modernismo reaccionario era una variante del romanticismo alemán, implicaba algunos cambios sutiles, pero importantes, en los significados atribuidos a las palabras y los símbolos románticos. Por ejemplo, cuando Carl Schmitt y Ernst Jünger mencionaban el romanticismo, se referían a la idea de la

³⁵ Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, Band II (Munich, 1923; reimpr. 1972), p. 981. Spengler presentó la idea del hombre como una *Raubtier*, o bestia de caza, en *Der Mensch und die Technik* (Munich, 1931; reimpr. 1971), pp. 10-17.

voluntad y la decisión, más bien que a las imágenes antiindustriales. Tanto Schmitt como Jünger eran críticos de lo que consideraban aspectos pasivos y afe-minados del romanticismo. Sostenían que el romanti-cismo político era el producto de la guerra, más bien que de la poesía pastoral.³⁶ Aunque los modernistas reaccionarios usaban términos tales como *Gemeinschaft* o *Innerlichkeit*, redefinieron estos legados del roman-ticismo en formas que eluden las dicotomías de la tra-dición o la modernidad, y el progreso o la reacción.

Pero la paradoja de rechazar la razón y aceptar la tecnología no escapaba a todos los observadores sociales y culturales. Uno de los primeros en entender que el sentimiento alemán por la naturaleza estaba haciendo las paces con la industrialización fue Walter Benjamin. Dada la importancia que la investigación sociológica ha asignado al proceso de la racionalización de la so-ciedad (en efecto, la sociología como una disciplina se inició como una reflexión sobre este proceso en Europa), los comentarios fragmentarios pero sugerentes de Benjamin sobre la estetización de la vida po-lítica y la tecnología entre los intelectuales derechistas de Weimar merecen la atención de los sociólogos que reflexionan sobre la naturaleza de la modernidad.³⁷

³⁶ Véase Schmitt, *Politische Romantik*. La crítica de Jünger aparece a lo largo de *Der Arbeiter* (Hamburgo, 1932; reimpr. Stuttgart, 1962).

³⁷ En *The Nationalization of the Masses* (Nueva York, 1970), escribe George Mosse: "Frente al problema de la

Las opiniones de Benjamin sobre la estética fascista aparecieron por primera vez en su reseña de 1930 de la colección de ensayos de Ernst Jünger, en alabanza a la experiencia del frente (*Fronterlebnis*), titulada *Krieg und Krieger* (La guerra y el guerrero).³⁸ Los intelectuales derechistas, escribió Benjamin, se vieron atraídos hacia el fascismo en parte porque esperaban que condujera a una resolución de una crisis cultural en la sociedad burguesa. El fascismo en Europa y el nacional-socialismo en Alemania prometían creatividad, belleza, forma estética y la unidad espiritual de la na-ción, en lugar del materialismo, el positivismo, y el liberalismo amorfo, sin alma y caótico. El espíritu po-dría expresarse en las imágenes y el simbolismo políti-cos de la nación más bien que en las clases sociales divisivas y los parlamentos de transacciones.³⁹ Benja-

industrialización, el nacionalismo alemán se definió como ver-daderamente creativo; lo artístico se volvió político" (p. 4). Véase también el ensayo de Mosse, "Fascism and the In-tellectuals", en *The Nature of Fascism*, comp. S. J. Woolf (Nueva York, 1969), pp. 205-225. "El paso de la 'política estética' al Estado nacional como el depósito del rejuvenecimiento estético distinguió a los intelectuales fascistas de los intelectuales antifascistas cuya visión del mundo, en otros sentidos, se aproximaba más a tal idealismo fascista" (p. 208).

³⁸ Walter Benjamin, "Theorien des deutschen Faschismus", en *Walter Benjamin: Gesammelte Schriften*, vol. 3 (Francfort, 1977), pp. 238-250.

³⁹ Ernst Robert Curtius hizo esta observación en *Maurice Barres und die geistigen Grundlagen des französischen Nationalismus* (Bonn, 1921): "El mundo del espíritu de Barres oculta una lógica interior evidente en el hecho de que su

min sostenía que este programa de rejuvenecimiento estético y de "superación" de la decadencia cultural servía a los intereses más mundanos del militarismo y el imperialismo alemanes.

Los ensayos de Benjamin sobre la tecnología y la Derecha fueron intentos por disolver la cosificación, es decir, la percepción de que la tecnología poseía, en los términos de György Lukács, "una objetividad fantasmagórica", una autonomía tan estrictamente racional y abarcadora que ocultaba toda traza de su naturaleza fundamental: la relación entre los individuos.⁴⁰ La teoría de la cosificación de Lukács, desarrollada en *Historia y conciencia de clase*, fue una base fundamental de las ideas de Benjamin sobre la estética de la tecnología en la Derecha alemana. Los modernistas reaccionarios que examinaremos veían en la máquina diversas categorías tomadas de la estética y la filosofía, pero ninguna tomada de la sociedad o las relaciones sociales. Como Lukács, Benjamin rechazaba los esfuerzos de los marxistas soviéticos, tales como Bujarin, para separar la tecnología de las relaciones

voluntad política está dominada por la misma ley que rige su relación con el arte". En ambos campos, Barres deseaba expresar su espíritu y su voluntad.

⁴⁰ Georg Lukács, *History and Class Consciousness* (Cambridge, Mass., 1971), p. 83. Sobre el concepto de la cosificación en la escuela de Francfort, véase Russell Jacoby, "Towards a Critique of Automatic Marxism: The Politics of Philosophy from Lukács to the Frankfurt School", *Telos*, 10 (invierno de 1971), pp. 119-146; y su obra *The Dialectics of Defeat* (Nueva York, 1982).

sociales y verla como una fuerza autónoma.⁴¹ Pero como toda la obra de Benjamin, sus ideas se sitúan entre una ortodoxia marxista impenitente y sus propias interpretaciones, menos sistemáticas pero más perspicaces. A veces, su trabajo refleja los argumentos marxistas, leninistas y luxemburguianos convencionales. En otras ocasiones parece aceptar la idea de que la tecnología poseía en efecto su propia dinámica, desbordando la producción civil y empujando en búsqueda de mercados y la guerra imperialista.⁴²

La contribución especial de Benjamin se encontraba en su entendimiento de que, para los intelectuales derechistas de Alemania, la "liberación" de la tecnología de las restricciones sociales y políticas de Weimar era sinónimo de la recuperación del alma alemana. Independientemente de lo que este programa haya significado para la industria alemana, para los intelectuales derechistas significaba la resolución de una crisis

⁴¹ Georg Lukács, "N(ikoloi) Bukharin: Historical Materialism", en *Georg Lukács: Political Writings, 1919-1929* (Londres, 1972), pp. 134-142.

⁴² Véase Walter Benjamin, "The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction", en *Illuminations* (Nueva York, 1968), p. 244, en lo tocante al análisis que hace Benjamin de acuerdo con estos lineamientos. En "Theorien des deutschen Faschismus", habló Benjamin de la guerra imperialista como una "revuelta esclavista de la tecnología" contra la discrepancia existente entre los medios de producción y su "realización inadecuada en el proceso de la producción". En "Die Ästhetisierung des politischen Lebens", traza Ansgar Hillach estos aspectos de la obra de Benjamin.

cultural. La idea de que el avance económico podría superar una crisis cultural era nueva, por lo menos para los intelectuales no técnicos de Alemania. Creía Benjamin que cuanto menos importante se volviera el individuo en el campo de batalla industrializado, tanto más destacarían su presencia los entusiastas partidarios derechistas de la tecnología. Según Benjamin, Jünger y sus colegas convirtieron la guerra en un objeto del culto, un poder eterno que transforma el alma, y que de esta manera "no estaban haciendo otra cosa que una traducción libre de los principios del arte por el arte mismo al campo de la guerra".⁴³ En el lenguaje de la batalla, la Derecha abandonó su hostilidad contra la tecnología. A veces, Benjamin escribió del fascismo en general y comparó a los alemanes con los franceses y los italianos. Pero también advirtió que el ala derecha de Weimar veía la primera Guerra Mundial como la culminación del idealismo alemán. Éste era el significado del elogio del sometimiento como una "rendición heroica" y de la paciencia estoica en sus escritos de la posguerra.

Benjamin se refirió a "una nueva teoría de la guerra" en la Derecha de la posguerra, cuyo propósito real era compensatorio, es decir, transformar la humillante derrota efectivamente sufrida en la guerra en una victoria de la forma y la belleza. La forma hermosa del soldado que surge purificado e intacto del

⁴³ Benjamin, "Theories of German Fascism", *New German Critique*, 17 (primavera de 1979), p. 125.

infierno de las trincheras transformó la destrucción masiva en una experiencia redentora. La guerra es el crisol donde se desarrolla un nuevo tema colectivo de la historia. Al convertir la guerra en el tema de consideraciones estéticas se oscurecían los intereses y los propósitos políticos y sociales que habían producido la guerra. En ocasiones, el análisis de Benjamin sonaba como muchas otras censuras generales del fascismo europeo, pero la dimensión específicamente alemana nunca se perdía por completo, como se observa en el pasaje siguiente. Aquí insiste en que las descripciones del campo de batalla que hace Jünger eran una per-versión, no la culminación lógica del romanticismo e idealismo alemanes:

Con la mayor amargura posible, debe decirse que el sentimiento alemán de la naturaleza ha experimentado una intensificación no soñada frente a esta "panorámica de la movilización total..." La tecnología quería recrear los rasgos heroicos del Idealismo alemán con listones de trincheras de fuego y acercamiento. *Se extravió*. Porque lo que tomaba por rasgos heroicos eran los de Hipócrates, los rasgos de la muerte... Elevar la guerra a una abstracción metafísica, como lo hace el nuevo nacionalismo, no es más que un esfuerzo por usar la tecnología para resolver el misterio de la naturaleza, que el Idealismo alemán entendía en una forma mística en lugar de iluminar y usar los secretos de la naturaleza por la vía de la organización racional de la sociedad... En el paralelogramo de fuerzas for-

mado por la naturaleza y la nación, la guerra es la diagonal [sin cursivas en el original].⁴⁴

La idea de una dialéctica del progreso, de avances que ocurren en la sociedad mediante la represión de los individuos, ha sido un tema central de la moderna teoría social evidente en Hegel, Marx, Durkheim, Weber y Freud. La contribución particular de Benjamin a la reflexión teórica sobre la dialéctica del progreso consiste en haber entendido que la revuelta cultural y política contra la racionalización de la sociedad en Alemania tomó la forma de un culto a la técnica, más bien que de un pastoralismo orientado hacia el pasado. Después de la segunda Guerra Mundial, Max Horkheimer desarrolló esta idea en su análisis del nacionalsocialismo como una "revuelta de la naturaleza". Horkheimer sostuvo que el nazismo combinaba la organización estricta y la racionalización burocrática con la revuelta cultural. En "el fascismo moderno", escribió Horkheimer, "la racionalidad explota la naturaleza incorporando a su propio sistema las rebeldes potencialidades de la naturaleza".⁴⁵ Fue el análisis hecho por Benjamin de la reflexión ideológica derechista sobre la primera Guerra Mundial lo que indicó por primera vez que la rebelión de Alemania contra la Ilustración incluiría el avance técnico. Esta idea, más bien que las especulaciones literarias de Benja-

⁴⁴ *Ibid.*, p. 127.

⁴⁵ Max Horkheimer, *The Eclipse of Reason*, p. 127.

min sobre la relación existente entre la tecnología y la sociedad (las que tendían a atribuir a la tecnología la misma objetividad fantasmagórica que Lukács criticaba en el marxismo de Bujarin), fue su aportación principal. En otras palabras, Benjamin entendía que la modernización técnica e industrial no implicaba necesariamente la modernización en un sentido político, social y cultural más amplio.

Benjamin fue también uno de los primeros en advertir que ciertos conceptos de la belleza se conectaban a la *Lebensphilosophie*. En "La obra de arte en la era de la reproducción mecánica", escribió que "el fascismo ve su salvación en el hecho de otorgar a las masas no sus derechos, sino una oportunidad de expresarse".⁴⁶ Cinco años antes, en su ensayo sobre Jung, observó que los intelectuales derechistas habían transferido la idea de la expresión del lenguaje de la *Lebensphilosophie* a la interpretación de los sucesos históricos. Para los nacionalistas derechistas de Weimar, la violencia de los campos de batalla, la eficiencia y el poder de los tanques y los barcos, y las explosiones de las granadas, eran la expresión externa de los impulsos internos hacia "la vida". En lugar de ofrecer análisis políticos, económicos o sociales de los sucesos, éstos podrían descartarse como meras expresiones de alguna fuerza profunda, misteriosa, eterna e irresistible, alguna *Ding an sich* inmune a la des-

⁴⁶ Walter Benjamin, "The Work of Art...", p. 243.

cripción racional. Si así ocurriese, también se borraría la distinción entre la historia y la naturaleza, como se observó en la descripción de la guerra, hecha por Jünger, como una "tormenta de acero".

En las disputas originadas en los conflictos de los años sesenta, varios críticos de la escuela de Frankfurt han sostenido que los orígenes de las opiniones de los teóricos críticos sobre la tecnología se encuentran en el talante contrario a la civilización de los intelectuales derechistas de Weimar. En mi opinión, este análisis está errado. Lejos de indicar una convergencia con las concepciones de la Derecha alemana sobre la tecnología, los ensayos de Benjamin trataban de recorrer lo que más tarde llamara Marcuse el "velo tecnológico", es decir, la idea de que la tecnología es una entidad autónoma que obedece "imperativos" desligados de las relaciones sociales.⁴⁷ Basadas en la teoría de la cosificación de Lukács, las ideas de Benjamin apuntaban hacia algunos aspectos de la discusión posterior de la racionalidad tecnológica a manos de Marcuse y Horkheimer. Sus ideas se desarrollaron a partir de sus críticas al culto de la tecnología practicado por la Derecha en la posguerra. Las pruebas no apoyan la afirmación de que su interpretación convergía con la revolución conservadora. Como sugerí en el capítulo anterior, el problema de los análisis de Benjamin y de Horkheimer fue más bien que cuando

⁴⁷ Herbert Marcuse, *One Dimensional Man* (Boston, 1964), p. 32.

eran perspicaces lo eran por razones erradas. A menudo presentaban las particularidades de la historia alemana moderna como características de la sociedad moderna en general. Teniendo esto en mente, podremos conservar sus intuiciones valiosas sin aceptar sus generalizaciones acerca del estado del mundo moderno. Ahora retornaremos a la revolución conservadora para delinear sus temas principales y destacar su naturaleza distintivamente alemana.

La combinación de la tradición recibida y la reforma activa de estas tradiciones produjo una ideología que era distintivamente alemana, a pesar de que tenía algo en común con la ideología fascista que se desarrollaba en otras partes de Europa. Los siguientes eran sus temas comunes.

Primero, los revolucionarios conservadores eran nacionalistas que creían que las virtudes del *Volk* alemán eran superiores a las influencias destructivas del capitalismo y el liberalismo occidentales por una parte, y al socialismo marxista por la otra. Esto daba a sus obras un sesgo claramente antimodernista. Defendían la *völkisch Kultur* contra la *Zivilisation* cosmopolita. La primera se arraigaba en el pueblo. La última carecía de alma, era externa, artificial. El modernismo resultaba difícil de definir, pero sus símbolos tangibles del *Entseelung* estaban por todas partes. Berlín era una metrópoli sin amor de intelectuales izquierdistas, pornografía y consumo masivo. Los especuladores judíos estaban creando gigantescas burocracias

corporativas y desplazando a las pequeñas empresas y a los artesanos e ingenieros alemanes.

La yuxtaposición nuclear de su nacionalismo era la de la *Kultur* y la *Zivilisation*. Por una parte se encontraba el *Volk* como una comunidad de sangre, raza y tradición cultural. Por la otra estaba la amenaza del *Amerikanismus*, el liberalismo, el comercio, el materialismo, el parlamento y los partidos políticos, y la República de Weimar. El nacionalismo servía como una religión secular que prometía una opción para un mundo que padecía un exceso de racionalización capitalista y comunista. Los nacionalistas alemanes elevaban la posición geográfica de Alemania entre el Este y el Oeste también a la calidad de una identidad cultural-política. La *Kulturnation* escaparía a los dilemas de una modernidad cada vez más carente de alma.⁴⁸

Segundo, los prominentes defensores del nuevo nacionalismo después de la guerra —Spengler, Moeller van den Bruck, Schmitt, y Ernst y Friedrich Jünger— no colocaban el antisemitismo en el centro de su *Weltanschauung*. Más bien, creían que la superioridad alemana residía en las tradiciones y las ideas históricas antes que en la biología. Pero el antisemitismo no estaba ausente de la revolución conservadora. Algunos creían que el proceso de la declinación cultural y la desintegración moral de Weimar no era en modo al-

⁴⁸ Sontheimer, *Antidemokratisches Denken*, pp. 244-278.

guno accidental; formaba parte de una conspiración concertada y planeada por la judería mundial para minar todo lo que fuese saludable en Alemania, de modo que el país no pudiera recuperarse jamás y ascender a la grandeza. Aunque la retórica de los nazis acerca del "enemigo mundial" encontró pocos conversos entre los conservadores revolucionarios, éstos asociaban a menudo a los judíos con el espíritu de la abstracción comercial, al que atacaban como algo incompatible con una nación unida. Como decía Ernst Jünger, el ideal de la forma y la belleza inherente en el *Volk* excluía la *Gestalt* judía de Alemania tan claramente como el aceite era distinto del agua.⁴⁹

Tercero, los conservadores revolucionarios defendían la *Gemeinschaft* como algo intrínsecamente bueno y unificado por oposición a una *Gesellschaft* dividida y fragmentada. Además, la idea de la *Gemeinschaft*, y más tarde la de la *Volksgemeinschaft*, tenía marcadas implicaciones autoritarias. Proclamaba la existencia de la armonía social sin ocuparse de los conflictos sociales efectivos y establecía una base moral y ética para el sacrificio y el rendimiento individuales ante los poderes políticos existentes. Por lo tanto, la noción revolucionaria conservadora de la *Volksgemeinschaft* era un ataque a la idea liberal de los derechos individuales

⁴⁹ Ernst Jünger, "Nationalismus und Nationalismus", *Die Kommenden*, 4 (1929), pp. 481-482. Por lo que toca al antisemitismo y al nacionalismo alemán, véase George Mosse, *The Crisis of German Ideology* (Nueva York, 1964).

y a las afirmaciones socialistas de que las divisiones y las desigualdades clasistas obstruían el camino de la comunidad genuina.⁵⁰

Cuarto, la revolución conservadora defendía la "primacía de la política", es decir, una reafirmación de una expansión de la política exterior y la represión, contra los sindicatos dentro del país. El idealismo nacional triunfaría sobre los intereses egoístas de los sindicatos y la filosofía materialista de los partidos izquierdistas. La "revolución desde la Derecha" de Hans Freyer combinaba temas anticapitalistas y nacionalistas. Mientras que la extrema Izquierda trataba de terminar con la dominación de la economía sobre la vida social a través de la revolución comunista, la extrema Derecha perseguía una meta similar mediante la expansión del Estado sobre la sociedad. La primacía de la política borraba la distinción entre la guerra y la política, y colocaba la protesta cultural al servicio de un Estado tecnológicamente avanzado y poderoso.⁵¹ Las implicaciones explícitas de la primacía de la política en la revolución conservadora eran totalita-

⁵⁰ Sontheimer, *Antidemokratisches Denken*, pp. 250-251. Por lo que toca a la incorporación de la idea de la *Gemeinschaft* en las medidas de racionalización emprendidas por el régimen nazi, véase Mason, "Zur Entstehung des Gesetzes zur Ordnung der nationalen Arbeit", en *Industrielles System und politische Entwicklung in der Weimarer Republik*, comps. Mommsen, Petzina y Weisbrod (Düsseldorf, 1974).

⁵¹ George Mosse, "Fascism and the Intellectuals" y *Masses and Man: Nationalist and Fascist Perceptions of Reality* (Nueva York, 1980), desarrolla la idea del fascismo como un

movimiento revolucionario cultural que interesaba a los intelectuales buscadores de valores espirituales en una época materialista, burguesa.

rias. En lo sucesivo, no habría ya límites para la política ideológica. Las consideraciones utilitarias y humanistas del liberalismo del siglo XIX deberían abandonarse para establecer un estado de constante dinamismo y movimiento.⁵²

Por último, la revolución conservadora articulaba la idea de un socialismo alemán o nacional. La idea de un socialismo nacional era ingeniosa. Reformulaba una idea potencialmente amenazante, el socialismo, para adaptarla a las tradiciones alemanas nativas. Moeller van den Bruck, la figura más importante de la revolución conservadora, escribió en su obra más importante, *Das Dritte Reich*, que el socialismo alemán empezaba allí donde el marxismo terminaba, y que "la tarea del socialismo alemán en el contexto de la historia cultural de la humanidad era la destrucción de toda traza de liberalismo [que subsistiera en la idea del socialismo]". También contrastó a los "pueblos jóvenes" del "Este" —Alemania y Rusia— con los del "Oeste" capitalista y materialista.⁵³ Algu-

movimiento revolucionario cultural que interesaba a los intelectuales buscadores de valores espirituales en una época materialista, burguesa.

⁵² Véase Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Cleveland, 1958).

⁵³ Moeller van den Bruck, *Das Dritte Reich* (Berlín, 1923), p. 68. Véase también Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*, pp. 310-320, para un análisis de esta obra. Los comentarios de Van den Bruck sobre los jóvenes se encuentran en *Das Recht der jungen Volker* (Munich, 1919).

nas figuras de la revolución conservadora, tales como los "bolcheviques nacionales" que se agrupaban alrededor de Ernst Niekisch, interpretaron la alianza de los "pueblos jóvenes" de Van den Bruck como un llamado a la alianza alemana-rusa, arraigada en un antiliberalismo y un resentimiento contra las democracias occidentales que compartían.⁵⁴ Pero Spengler (y más tarde Heidegger) expresó una idea más común, a saber: que Alemania, como la nación "intermedia", debía seguir un "tercer camino" entre el Oeste capitalista y el Este comunista. En opinión de Spengler, el socialismo debía volverse compatible con las tradiciones antiliberales, autoritarias, del nacionalismo alemán.⁵⁵

La idea del socialismo nacional resultaba especialmente poderosa para la generación que vivió la guerra porque era una idea que muchos creían haber experimentado en las trincheras. Kurt Sontheimer, el politólogo de Alemania Occidental, ha señalado que el nacionalsocialismo unió los dos impulsos ideológicos más poderosos de la época y "anunció la síntesis que todavía habría de completarse". Los partidos socialistas no eran nacionalistas, y los partidos burgueses no

⁵⁴ Véase Schüddekopf, *Links Leute von Rechts: Nationalbolschewismus in Deutschland* (Frankfurt, 1973); y John Norr, "German Social Theory and the Hidden Face of Technology", *European Journal of Sociology*, XV (1974), pp. 312-336, donde se hacen algunos comentarios sobre la amistad de Niekisch con Jünger.

⁵⁵ Oswald Spengler, *Preesentum und Sozialismus* (Munich, 1920).

eran socialistas. "Pero aquí aparecía un partido [el de los nazis] que representaba ambas cosas al mismo tiempo, el partido del futuro alemán".⁵⁶ Para una generación política que creía que el socialismo nacional se había realizado, así fuese brevemente, en el pasado reciente, los nazis se presentaban como el partido del futuro alemán. Prometían volver una condición permanente la unidad nacional de agosto de 1914.⁵⁷ La experiencia bélica del pasado reciente, no de un pasado remoto, se había convertido en la utopía concreta de la Derecha, un tesoro perdido que esta tradición reaccionaria trataba de recapturar.

No todos los revolucionarios conservadores eran modernistas reaccionarios. En la Derecha de Weimar persistía un antagonismo considerable hacia la tecnología. Por ejemplo, Moeller van den Bruck no excluía a la tecnología de su censura general contra la racionalidad de la Ilustración. Su "tercer reich" por encima del materialismo capitalista y comunista, habría

⁵⁶ Sontheimer, *Antidemokratisches Denken*, p. 278.

⁵⁷ Robert Ley, director del Frente Laboral alemán en el Tercer Reich, describió de este modo la significación de la primera Guerra Mundial: "La revolución alemana se inició en agosto de 1914... La gente se reunía en las trincheras del Este y el Oeste. Las granadas y las minas no preguntaban si uno era de nacimiento alto o bajo, si era rico o pobre, ni a cuál religión o grupo social pertenecía. Este fue más bien un ejemplo grande, poderoso, del significado y el espíritu de la comunidad". *Durchbruch der sozialen Ehre* (Munich, 1935), citado en Timothy Mason, *Sozialpolitik im Dritten Reich*, p. 26.

de proveer las respuestas a cuestiones tales como "qué hacer con nuestras masas... y cómo salvar a la naturaleza humana de la máquina".⁵⁸ *La decadencia de Occidente*, de Spengler, tuvo un efecto ambiguo. Es un gran documento del modernismo reaccionario y contiene también suficientes referencias a la naturaleza "diabólica" de la máquina o "el esclavizamiento del hombre por su creación" para agradar al talante antitecnológico.⁵⁹ Spengler se preocupó tanto por la posibilidad de que su libro estimulara la revuelta de la juventud contra la tecnología que escribió *El hombre y la técnica* para establecer sus inclinaciones pro-tecnológicas. Muchos de los políticos culturales de la profesión ingenieril criticaron reiteradamente a Spengler por alentar la hostilidad contra el avance técnico, así fuese sin proponérselo.⁶⁰

No había ninguna ambigüedad en las concepciones antitecnológicas de los partidarios de la revolución conservadora, tales como el filósofo Ludwig Klages, el poeta Paul Ernst y el periodista Ernst Niekisch. La

⁵⁸ Moeller van den Bruck, *Das Recht der Jungen Volker*, p. 115.

⁵⁹ Algunos observadores consideran todavía a Spengler como un crítico antitecnológico. Véase Gerd Hortleder, *Das Gesellschaftsbild des Ingenieurs: Zum politischen Verhalten der Technischen Intelligenz in Deutschland* (Francfort, 1970), p. 86.

⁶⁰ Carl Weihe, el director de *Technik und Kultur*, una revista para graduados de las universidades técnicas, criticó reiteradamente las opiniones de Spengler sobre la tecnología. Véase el cap. VII.

obra en tres volúmenes de Klages, *Der Geist als Widersacher der Seele* (La mente como el antagonista del alma), publicada entre 1929 y 1931, fue el ataque más refinado contra la racionalidad científica y tecnológica que surgiría de la revolución conservadora.⁶¹ Su tema principal era éste: la historia humana consiste en la dominación creciente del *Geist* (la mente) sobre el alma, de la conciencia sobre el sueño y la fantasía, de los conceptos y la lógica sobre las imágenes y el mito. Este *Geist* todopoderoso, desencantador, caracteriza al cristianismo, el marxismo, el liberalismo, y la ciencia y la tecnología modernas. En opinión de Klages, las abstracciones de la ciencia y la tecnología son realmente mitos nuevos que tratan de alentar la ilusión de que son sinónimos de los propios fenómenos naturales. Escribió Klages que "la máquina... puede destruir la vida pero jamás podrá crearla", y creía que la captación conceptual del universo físico condujo a una "muerte de la realidad".⁶² Esta yuxtaposición de la abstracción, la racionalidad, la técnica y la muerte con la inmediatez, la intuición, los sentimientos, la naturaleza y la vida tiene la clase de consisten-

⁶¹ Ludwig Klages, *Der Geist als Widersacher der Seele* (reimpr. Bonn, 1969). Por lo que toca a las contribuciones de Klages a la revolución conservadora, véase Hillach, "Ästhetisierung des politischen Lebens"; Horkheimer, "Zum Rationalismustreint"; y Lukács, *Die Zerstörung der Vernunft*, Band III, pp. 195-199.

⁶² Klages, *Der Geist als Widersacher der Seele*, p. 695.

cia que esperaríamos de una posición irracionalista. En *Der Zusammenbruch des deutschen Idealismus* (El colapso del idealismo alemán), presentó Paul Ernst una consistencia comparable. Criticando el efecto de la división del trabajo sobre los individuos, escribió que "Quienquiera que use máquinas, recibe un corazón de máquina".⁶³

Aunque formaban una minoría, eran intelectuales derechistas que habían sobrevivido a la guerra y ahora odiaban la tecnología. Ernst Niekisch, por ejemplo, escribió lo siguiente en un ensayo titulado "Menschenfresser Technik" (La tecnología devoradora del hombre):

La tecnología es la violación de la naturaleza. Hace a un lado a la naturaleza. Equivale a separar astutamente a la naturaleza de la libre disposición de un pedazo de tierra tras otro. Cuando la tecnología triunfa, la naturaleza aparece violada y desolada. La tecnología asesina la vida al violar, paso a paso, los límites establecidos por la naturaleza. Devora a los hombres y todo lo que sea humano. Se calienta con cuerpos. La sangre es su lubricante enfriador. En consecuencia, la guerra es en esta época tecnológica una carnicería... La antívvida [*lebensfeindlich*], cualidad demoníaca de la tecnología, se manifiesta horriblemente en la guerra moderna. En la guerra, la capacidad productiva de la tecnología está tan al día que en una hora puede ani-

⁶³ Paul Ernst, *Der Zusammenbruch des deutschen Idealismus* (Munich, 1918), p. 451.

quilar todo lo orgánico, lo que sea, de manera repentina, total y precisa.⁶⁴

Como las ideas de Van den Bruck, Klages y Ernst, el pensamiento de Niekisch tiene la virtud de la consistencia interna: si la tecnología "asesina la vida", la defensa de la vida requiere la oposición a la tecnología. En esta concepción, la tecnología pertenece al campo de la *Zivilisation* y no al de la *Kultur*. Pero a pesar de su coherencia lógica, tal sistema cultural no se adecuaba al nacionalismo alemán en una época de guerra tecnológica. El logro de los modernistas reaccionarios dentro de la revolución conservadora consistió en haber hecho una virtud de la necesidad de aceptar la técnica sacando a la tecnología de la esfera de la *Zivilisation* y metiéndola al campo de la *Kultur*. Al actuar así, podían aceptar la tecnología sin adoptar una visión racionalista del mundo en la política y la cultura. El culto resultante de la técnica iba mucho más allá de la resignación pragmática ante un mal necesario. Poseía el mismo fervor emocional presente en el talante antitecnológico que abarcaba todo el abanico político de Weimar.

Entre las corrientes culturales de Weimar, el modernismo reaccionario se singularizaba por su combinación del irracionalismo con el entusiasmo por la

⁶⁴ Ernst Niekisch, "Menschenfresser Technik", *Widerstand*, 6 (1931), p. 110. Citado por Karl Prumm, *Die Literatur des soldatischen Nationalismus*, Band 1, p. 376.

tecnología. Los expresionistas atacaban generalmente a la tecnología y a la hipocresía burguesa desde la Izquierda. Dramaturgos tales como Ernst Toller y Georg Kaiser veían en la tecnología una fuente de deshumanización. Aunque también llamaban a la revolución cultural y política, la síntesis de la sinrazón y la tecnología moderna no les importaba. Una Alemania más o menos industrializada les habría parecido bien.⁶⁵

Los arquitectos, artistas, diseñadores e ingenieros del Bauhaus trataron de demostrar que la razón de la Ilustración era en efecto plenamente compatible con una interacción fructífera del arte y la tecnología. Walter Gropius, el espíritu conductor del Bauhaus, no veía ningún conflicto entre el cosmopolitismo, los valores democráticos sociales y la razón por una parte, y la belleza por la otra. Dada una medida suficiente de razón y pasión, Gropius no veía ninguna

⁶⁵ Helmut Lethens, *Neue Sachlichkeit: Studien zur Literatur des Weissen Sozialismus* (Stuttgart, 1970), p. 64. Este libro contiene un abundante material útil sobre la respuesta alemana al norteamericanismo y la tecnología. La tesis de Lethens es que la *Neue Sachlichkeit* era la corriente dominante en la cultura de Weimar y que esta fetichización de la racionalización industrial culminó en el nazismo. Recurriendo a los teóricos de Francfort, destaca Lethens la continuidad de un liberalismo y un fascismo tecnocráticos. Pero sus propias pruebas sugieren que la primacía de la política entre los nazis no era tan exclusivamente tecnocrática. El libro de Lethens padece un defecto común a los análisis marxistas del "fascismo" en Alemania Occidental: reúne las tradiciones alemanas bajo el rubro más general (¿y menos doloroso?) del capitalismo.

razón para que la tecnología planteara una amenaza a la humanidad. El Bauhaus aceptaba la tecnología como parte de la modernidad en un sentido más amplio.⁶⁶

Otras formas de la aceptación de la tecnología en Weimar carecían del sentido de la proporción del Bauhaus. *Neue Sachlichkeit*, la Nueva Objetividad, señalaba un talante más sobrio, desilusionado, resignado y cínico en la literatura y el reportaje, durante la fase de estabilización de la República. Algunos escritores de la Izquierda, tales como Erich Kastner y Alexander Doblin, se distanciaron de la hostilidad expresionista contra la tecnología.⁶⁷ Fue también en este periodo cuando las visiones tecnocráticas encontraron apoyo entre los liberales ansiosos por usar los avances tecnológicos para incrementar la productividad y atenuar los conflictos sociales. Como ha señalado Charles Maier, la respuesta alemana al fordismo tenía algunas semejanzas con las estrategias de la defensa burguesa en Francia e Italia.⁶⁸ En efecto, en Alemania, Henry Ford no era sólo el apóstol de las técnicas de la línea de ensamble y la administración científica, sino también de lo que Gottfried Feder llamaba ca-

⁶⁶ Gay, *Weimar Culture*, pp. 98-101.

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 120-122; Craig, *Germany*, pp. 484-485.

⁶⁸ Charles S. Maier, "Between Taylorism and Technocracy: European Ideologies and the Vision of Productivity in the 1920s", *Journal of Contemporary History*, 5 (1970), pp. 27-51.

pital "creativo" o productivo, por oposición a las finanzas judías.

Quienes se sentían descontentos con las visiones productivistas del futuro no podían encontrar en el Partido Comunista una concepción alternativa. El Partido Comunista alemán exudaba entusiasmo por la tecnología capitalista. "Adelante con los monopolios y más allá del socialismo", era la visión de un teórico prominente, quien también llegó a llamar a Henry Ford un revolucionario "no menos revolucionario que el capitalismo mismo".⁶⁹ Los comunistas y los socialdemócratas se distanciaron del antiindustrialismo de los radicales culturales en favor de la teleología marxiana del desarrollo progresivo de las fuerzas productivas que eliminarían los residuos feudales, agrandarían el proletariado y conducirían al socialismo o el comunismo. Algunos sugerían que los partidos izquierdistas habían sucumbido a la ideología capitalista. Bela Belasz denunció la *Neue Sachlichkeit* como la "*Lebensgefühl* [sentimiento vital] del capital monopólico... la estética de la línea de ensamble", mientras que Ernst Bloch la llamaba "el médico en el lecho de muerte del capitalismo", cuyo "odio por la utopía" (*Utopiefeindschaft*) servía a la rehabilitación del capital tras los años de revolución y contrarrevolución de la posguerra. Bloch sostenía que el marxismo ale-

⁶⁹ Jakob Walcher, *Ford oder Marx*, p. 51, citado en Lethens, *Neue Sachlichkeit*, p. 82.

mán estaba tan comprometido con el desarrollo capitalista que dejaba a la Derecha el campo de la revolución cultural y los llamados al mito y la emoción.⁷⁰ Por ejemplo, aunque Siegfried Kracauer, el crítico cultural izquierdista, describía la línea de ensamble estadounidense como una señal feliz del desencanto de la sociedad que sólo podría ayudar a disolver el misticismo *völkisch* alemán, los intelectuales derechistas de *Die Tat* se sentían disgustados y horrorizados ante tal desarrollo. En su opinión, el *Amerikanismus* —producción y consumo masivos, taylorismo, racionalización de la industria— era una plaga que amenazaba al alma alemana. Conservadores tales como Fritz Giese, el psicólogo industrial, que elogiaban la línea de ensamble porque disciplinaba los instintos anteriormente salvajes y caóticos, formaban una minoría.⁷¹ La síntesis hecha por *Die Tat* del nacionalismo, el antinorrateamericanismo y la retórica anticapitalista de la clase media, era un complejo cultural más generalizado.

En suma, con excepción de los modernistas reaccionarios, quienes rechazaban la Ilustración y su legado rechazaban la tecnología, mientras que quienes de-

⁷⁰ Bela Belasz, "Sachlichkeit und Sozialismus", en *Die Weltbühne*, 14 (1928), p. 917, citado en Lethens, *Neue Sachlichkeit*, p. 32.

⁷¹ Véase Fritz Giese, *Girlikultur: Vergleiche zwischen amerikanischen und europäischen Rhythmus und Lebensgefühl* (Munich, 1925).

fendían la Ilustración aceptaban la necesidad del desarrollo técnico. En los capítulos siguientes analizaré en mayor detalle las contribuciones de estos cinco pensadores: Hans Freyer, Ernst Jünger, Carl Schmitt, Werner Sombart y Oswald Spengler. También analizaré las obras de Martin Heidegger sobre la tecnología, que contienen algunas de las conciliaciones de la técnica y la sinrazón favorecidas por estos otros autores.

Ernst Jünger (n. 1895) hizo la aportación más importante y prolífica al modernismo reaccionario en la revolución conservadora. Habiendo sido un soldado muy condecorado, durante los años de Weimar produjo Jünger cerca de diez libros y más de un centenar de ensayos sobre la guerra, la muerte, el heroísmo, el nacionalismo, el sacrificio y la tecnología. Entre ellos se encontraban dos éxitos comerciales: *In Stahlgewittern* (La tormenta de acero, 1920) y *Der Arbeiter* (El obrero, 1932).⁷² Los títulos de dos obras que pu-

⁷² Ernst Jünger, *In Stahlgewittern* (Berlín, 1920; reimpr. Stuttgart, 1960); y *Der Arbeiter* (Hamburgo, 1932; reimpr. Stuttgart, 1960). Los dos estudios de Alemania Occidental que analizan el modernismo de Jünger son los de Bohrer, *Die Ästhetik des Schreckens*, y Prumm, *Die Literatur des soldatischen Nationalismus*. Otras obras secundarias útiles sobre Jünger son las de Klaus-Frieder Bastian, *Das Politische bei Ernst Jünger: Nonkonformismus und Kompromiss der Innerlichkeit* (Friburgo, 1962); Christian Graf von Krockow, *Die Entscheidung: Eine Untersuchung über Ernst Jünger, Carl Schmitt, Martin Heidegger* (Stuttgart, 1958); Gerhard Loose, *Ernst Jünger: Gestalt und Werk*; Hans-Peter

blicó en el interin, *Der Kampf als inneres Erlebnis* (La batalla como una experiencia interior, 1922) y *Feuer und Blut* (Fuego y sangre, 1925), sugerían la fascinación vitalista por la guerra y la técnica que lo vuelven tan importante para este estudio. Jünger publicó sus ensayos políticos en *Arminius*, *Die Standard* y *Vormarsch*. Aunque jamás se unió al Partido Nazi y se retiró de la política después de 1933, su obra anterior ayudó a crear un clima favorable para el nacionalsocialismo.⁷³

Como Jünger, Oswald Spengler (1880-1936) estaba arraigado en los clubes y las revistas políticas derechistas, no en la universidad. Aunque de ordinario se le considera el representante más destacado del pesimismo cultural de Weimar, Spengler compartía la

Schwarz, *Die konservative Anarchist*; J. P. Stern, *Ernst Jünger: A Writer of Our Time* (Cambridge, 1953); y Struve, *Elites Against Democracy*. *In Stahlgewittern* fue uno de los libros más populares de su tiempo; *Der Arbeiter* fue un éxito de librería en 1932. Véase *Elites Against Democracy*, p. 377, sobre el éxito literario de Jünger.

⁷³ Ernst Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis* (Berlín, 1922); y *Feuer und Blut* (Magdeburgo, 1926; reimpr. Stuttgart, 1960). Sobre los paralelos entre la visión de la tecnología de Jünger y la visión del movimiento totalitario de Hitler, véase Wolfgang Sauer, *Die Nationalsozialistische Machtergreifung: Die Mobilmachung der Gewalt* (Frankfurt, 1974), pp. 165-174. Sauer se concentra en el deseo de Jünger de "hacer a un lado la barrera que separa a la guerra de la revolución y fundir ambas en un solo proceso general de dinamismo en la batalla". Sobre la relación de Jünger con el nazismo, véase Prumm, *Die Literatur*, Band 2, pp. 385-400.

síntesis modernista reaccionaria. Mientras que algunos observadores, en su época y más tarde, han interpretado *Der Untergang des Abendlandes* (La decadencia de Occidente, 1918-1922) y *Der Mensch und die Technik* (El hombre y la técnica, 1931) como tratados antitecnológicos, aquí los analizaré como documentos que asociaban la tecnología con la belleza, la voluntad y la productividad, ubicándola así en el campo de la *Kultur* alemana más bien que en el de la *Zivilisation* occidental.⁷⁴

Muchos consideran a Martin Heidegger (1889-1976) el filósofo alemán más importante del siglo xx, mientras que otros piensan que Heidegger causó un daño casi irreparable al idioma alemán al servicio del oscurantismo filosófico. En cualquier caso, la suya fue una voz importante,alzada en contra de los peligros de la tecnología. Menos conocidas son su amistad con Ernst Jünger y las semejanzas existentes entre sus concepciones de la tecnología.⁷⁵ Aquí examinaré los ensayos de Heidegger sobre la tecnología y la política

⁷⁴ Sobre el papel de Spengler en la revolución conservadora, véase Klemperer, *Germany's New Conservatism*; Mohler, *Die konservative Revolution*; y Struve, *Elites Against Democracy*. Véase una visión de Spengler como antagonista de la tecnología en Horthleder, *Das Gesellschaftsbild des Ingenieurs*.

⁷⁵ Sobre las semejanzas existentes entre la visión de Jünger y la de Heidegger, véase Norr, "German Social Theory and the Hidden Face of Technology".

a partir de los años treinta. Aunque su entusiasmo por el avance técnico no era tan grande como el de otros miembros de la revolución conservadora que estamos considerando, tampoco era un ardiente ludita. Su esperanza de que Alemania fuese el país que alcanzara una fusión de la tecnología y el espíritu coloca su obra de esta época firmemente dentro de la corriente modernista reaccionaria del nacionalismo alemán. Heidegger hizo una tenue paz con el nazismo y la tecnología, cualesquiera que hayan sido sus consideraciones retrospectivas de la posguerra sobre la deshumanización tecnológica.⁷⁶

Hans Freyer (1887-1969) ejerció una influencia poderosa sobre la sociología y la filosofía alemanas desde los años veinte hasta los sesenta. Su contribución popular más importante a la revolución conservadora fue *Revolution von Rechts* (Revolución desde la Derecha, 1931), donde alababa las virtudes del *Volk* y atacaba a la sociedad industrial. Sin embargo, en esta obra, en varios ensayos filosóficos de este periodo, y en su *Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft* (La sociología como ciencia de la realidad, 1931), un tema continuo en la obra de Freyer era la cosificación, su

⁷⁶ *Ibid.* Véase también Winifred Franzen, *Von der Existenzial-ontologie zur Seinsgeschichte: Eine Untersuchung über die Entwicklung der Philosophie Martin Heideggers* (Meisenheim am Glan, 1975); y George Steiner, *Martin Heidegger* (Londres, 1978).

separación de las relaciones sociales, no el rechazo, de la tecnología.⁷⁷

Carl Schmitt (n. 1888) fue el politólogo más leído y respetado de su época, una posición debida a su talento literario y su elogio al poder y el conflicto como valores en sí mismos. En 1932, cuando Alemania avanzaba hacia la prolongada crisis constitucional que culminaría en el ascenso de Hitler, Schmitt sostuvo en un largo ensayo, *Der Begriff des Politischen* (El concepto de lo político), que la situación efectiva crea su propia legalidad, que las emergencias eliminan la necesidad del derecho normativo, y que es soberano quien toma las decisiones reguladoras de la situación de emergencia. En la primavera de 1933 se unió Schmitt al Partido Nazi, creyendo que Hitler y el nacionalsocialismo eran la realización de esta teoría del decisionismo, según la cual la acción política es un

⁷⁷ Hans Freyer, *Revolution von Rechts* (Jena, 1931); y "Zur Philosophie der Technik", *Blätter für deutsche Philosophie*, 3 (1927-1928), pp. 192-201. Sobre Freyer en la revolución conservadora, véase René König, "Zur Soziologie der Zwanziger Jahre", en *Die Zeit ohne Eigenschaften: Eine Bilanz der Zwanziger Jahre*, comp. L. Rheinisch (Stuttgart, 1961), pp. 82-118; y George Mosse, "The Corporate State and the Conservative Revolution". Sobre las contribuciones de Freyer a la sociología de Weimar, véase Herbert Marcuse, "Zur Auseinandersetzung mit Hans Freyers Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft", en *Herbert Marcuse: Schriften I*, (Francfort, 1978), pp. 488-508. Sobre la importancia de Freyer para las discusiones de la tecnología en la Alemania Occidental de la posguerra, véase Otto Ulrich, *Technik und Herrschaft* (Francfort, 1977).

valor en sí misma, independientemente de las justificaciones normativas que se le adhiran.⁷⁸ Sus aportaciones al modernismo reaccionario pueden encontrarse en dos obras: *Der Begriff des Politischen* (El concepto de lo político, 1932), y *Politische Romantik* (Romanticismo político, 1919).⁷⁹ Estudiante de Max Weber, Schmitt creía que el Estado autoritario, combinado con la tecnología avanzada, podría restaurar el dinamismo político en una sociedad burocratizada. Como Jünger, Schmitt sostenía que el romanticismo político exigía romper con lo que le parecía la pasividad y el escapismo del romanticismo alemán del siglo XIX.⁸⁰

⁷⁸ Sobre Schmitt y el nacionalsocialismo, véase Joseph Bendersky, "The Expendable *Kronjurist*: Carl Schmitt and National Socialism, 1933-1936", *Journal of Contemporary History*, 14 (1979), pp. 309-328; Neumann, *Behemoth*; y Sontheimer, *Antidemokratisches Denken*. Por lo que toca a la teoría política de Schmitt, véase Christian Graf von Krockow, *Die Entscheidung: Eine Untersuchung über Ernst Jünger, Carl Schmitt, Martin Heidegger*; Herbert Marcuse, "The Struggle Against Liberalism in the Totalitarian View of the State", en *Negations*, trad. Jeremy Shapiro (Boston, 1968), pp. 3-42; Franz Neumann, "The Change in the Function of Natural Law", pp. 22-68, y "Notes on the Theory of Dictatorship", pp. 233-256, en *The Democratic and Authoritarian State* (Nueva York, 1966).

⁷⁹ Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen* (Munich, 1932); *Politische Romantik* (Munich-Leipzig, 1919). Véase también, de Schmitt, *Der Hüter der Verfassung* (Tubinga, 1931); y *Die Geistesgeschichtlichen Lage des Heutigen Parlamentarismus*, 2a. ed. (Munich-Leipzig, 1926); *Die Diktatur* (Munich, 1921); *Politische Theologie* (Munich, 1922).

⁸⁰ Véase Schmitt, *Politische Romantik*.

Werner Sombart (1865-1941) fue el representante más importante de la sociología alemana por su influencia sobre la revolución conservadora y sobre la tradición modernista reaccionaria. Junto con Max Weber, editó Sombart una de las principales revistas de la ciencia social alemana, *Die Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*.⁸¹ Durante los años de Weimar, extendió su influencia a la revolución conservadora mediante la popularización de su obra académica en *Die Tat*.⁸² Aunque Sombart era un partidario entusiasta del esfuerzo bélico alemán (véase su *Handler und Helden* [Comerciantes y héroes], 1915), la primera Guerra Mundial no fue la influencia formativa de su pensamiento. Su contribución principal al modernismo reaccionario precedía a la guerra. *Die Juden und das Wirtschaftsleben* (Los judíos y la vida económica, 1911) era una interpretación de los orígenes del capitalismo en Europa que traducía las categorías

⁸¹ Sobre la importancia del pensamiento de Werner Sombart para la Derecha de Weimar, véase Lebovics, *Social Conservatism*, pp. 49-78.

⁸² Ferdinand Fried, un director de *Die Tat*, fue el popularizador más activo de las ideas de Sombart. Véase *Das Ende des Kapitalismus* (Jena, 1931); Hock, *Deutscher Antikapitalismus*; y Klaus Fritsche, *Politische Romantik und Gegenrevolution. Fluchtwege in der bürgerlichen Gesellschaft: Das Beispiel des "Tat"-Kreises* (Frankfort, 1976). Sobre la influencia de Sombart en la ciencia social alemana, véase Arthur Mitzman, *Sociology and Estrangement* (Nueva York, 1973), pp. 135-264.

social-históricas en arquetipos religiosos y psicológicos.⁸³ Sombart identificaba a los judíos con la racionalidad del mercado y la ambición comercial, y a los alemanes con el trabajo productivo y la tecnología. El resultado fue un desplazamiento de la protesta cultural contra el capitalismo y el mercado, excluyendo los resentimientos antitecnológicos e incluyendo el liberalismo, el marxismo y los judíos. Su *Deutscher Sozialismus* (Socialismo alemán, 1934) era una mezcla explosiva de simpatía hacia el nacionalsocialismo, entusiasmo por la "tecnología alemana" y disgusto por la época liberal-materialista-judía que supuestamente había quedado atrás.⁸⁴

En este capítulo he ubicado la revolución conservadora en el clima social, cultural y político de Weimar para destacar la paradoja de la aceptación de la tecnología por intelectuales no técnicos que eran los herederos de las tradiciones irracionalistas y románticas. Como sus contemporáneos del Centro y la Izquierda políticos, los modernistas reaccionarios eran anticapitalistas románticos que yuxtaponían la *Kultur* y la *Zivilisation*. Pero al revés de lo que ocurría con estos otros críticos del positivismo, los románticos po-

⁸³ Werner Sombart, *Die Juden und das Wirtschaftsleben* (Leipzig, 1911).

⁸⁴ Werner Sombart, *Deutscher Sozialismus* (Berlín, 1934). Sobre Sombart y el nacionalsocialismo, véase Werner Krause, *Werner Sombarts Weg vom Kathedersozialismus zum Faschismus* (Berlín Oriental, 1962).

líticos de la Derecha separaban la idea de la *Kultur* de las dimensiones humanistas de la Ilustración alemana, así fuesen relativamente débiles. Por el contrario, equiparaban la *Kultur* con primeros principios suprahistóricos —la vida, la sangre, la raza, la lucha, la voluntad, el sacrificio— que no requerían ninguna justificación racional. Los modernistas reaccionarios no eran menos hostiles a la razón que sus camaradas, quienes detestaban la máquina como una amenaza para el alma alemana. Su logro fue la articulación de un conjunto de símbolos culturales para los intelectuales no técnicos donde la tecnología se convirtió en una expresión de esa alma, y por ende de la *Kultur* alemana. No es extraño que su conciliación de la técnica y la sinrazón nos parezca paradójica. Porque si rompieron con la hostilidad contra la tecnología que había caracterizado algunos aspectos del nacionalismo alemán durante un siglo, continuaban su revuelta centenaria contra la racionalidad de la Ilustración. Aquí se encontraba el gran atractivo de esta visión anti-liberal y selectiva de la modernización alemana.

Debemos comentar otras dos cuestiones: la relación existente entre los modernistas reaccionarios y Hitler, y el entusiasmo irracionalista por la tecnología entre los intelectuales fascistas de Italia, Francia e Inglaterra. En virtud de que jamás se unieron al Partido Nazi (Jünger, Freyer, Sombart, Spengler), o se unieron sólo por breve tiempo (Heidegger, Schmitt), algunos comentaristas han destacado la brecha entre sus

concepciones y las del nacionalsocialismo. Pero las semejanzas superaban a las diferencias. Les gustara o no, Hitler trató de ejecutar la revolución cultural que buscaban. Puede parecer extraña la descripción de Hitler como un revolucionario cultural, pero sus raíces y sus intenciones apuntan en esa dirección. Hitler compartía con los modernistas reaccionarios una ideología de la voluntad tomada de Nietzsche y Schopenhauer, una visión de la política como un logro estético, una visión darwinista social de la política como lucha, irracionalismo y antisemitismo, y el sentimiento de que Alemania se estaba hundiendo en un estado de degeneración sin esperanza. La política totalitaria de Hitler prometía revertir este proceso atacando a los judíos, la fuente principal de la enfermedad. Su genio residía en parte en su poder para convencer a sus seguidores de que iba a realizar una revolución cultural y romper la tendencia hacia el desencanto del mundo producido por el liberalismo y el marxismo, sin arrojar de nuevo a Alemania a la impotencia preindustrial. Como los modernistas reaccionarios, despreciaba Hitler el pastoralismo *völkisch*, y defendía en cambio lo que Goebbels llamaba un "romanticismo de acero". Pero al revés de los modernistas reaccionarios, Hitler era un actor comprometido con la persecución de las implicaciones de las ideas hasta sus conclusiones lógicas o ilógicas: la guerra y el asesinato masivo. Frente a Hitler, los defensores de la *Blutgemeinschaft* carecían de ideales alternativos. Aunque no era un escritor pro-

lífico sobre el tema, Hitler era el más importante de los practicantes de la tradición modernista reaccionaria, el que construía las carreteras y luego iniciaba la guerra que había de unificar la tecnología con el alma alemana.⁸⁵

Por último, ¿qué distinguía las conciliaciones alemanas de la técnica y la sinrazón de las conciliaciones comunes entre los intelectuales fascistas en la Europa de la posguerra? En Italia, Francia e Inglaterra, la avanzada asociaba la tecnología con un nuevo vitalismo antiburgués, la violencia y el eros masculinos, y la voluntad de poder; una nueva estética, y la creatividad en lugar del parasitismo comercial; y una vida plena, vivida hasta el límite emocional, que contrastaba con la decadencia y el aburrimiento burgueses. Marinetti y los futuristas en Italia; Wyndham Lewis y Ezra Pound en Inglaterra; Sorel, Drieu la Rochelle y Maurras en Francia, se vieron atraídos por la política derechista, debido en parte a sus ideas sobre la tecnología.

En realidad, había algunas semejanzas entre la vanguardia modernista en Alemania, especialmente Jünger, y el modernismo derechista de Europa en ge-

⁸⁵ Esta visión de Hitler ha sido tomada de Bracher, "The Role of Hitler"; Fest, *Hitler*; Jäckel, *Hitler's World View: A Blueprint for Power*, trad. H. Arnold (Middletown, Conn., 1972); Mosse, *The Crisis of German Ideology*; y J. P. Stern, *Hitler*.

neral.⁸⁶ Algunos observadores han interpretado estos paralelos como un apoyo a la tesis de Adorno y Horkheimer sobre la dialéctica de la Ilustración según la cual la racionalidad de la Ilustración contiene en sí misma un retorno al mito, independientemente de las historias y las tradiciones nacionales. En mi opinión, sin embargo, la prisa por comparar ha oscurecido la singularidad alemana. En ninguna otra parte de Europa chocaron con tanta fuerza la modernidad tecnológica y la protesta romántica como en Alemania. En ninguna otra parte se había desarrollado la industrialización con tanta rapidez en ausencia de una revolución burguesa triunfante. Y en ninguna otra parte era la protesta contra la Ilustración un elemento constitutivo de la formación de la identidad nacional como lo había sido en Alemania desde principios del siglo XIX hasta Weimar. Aunque los intelectuales italianos, franceses y británicos presentaban temas similares, ninguna de estas sociedades presenciaba nada comparable a la *Streit um die Technik* que colmaba los clubes políticos de los escritores y los salones de conferencias

⁸⁶ Sobre los paralelos existentes entre Jünger y la *avant-garde* en general, véase Bohrer, *Die Ästhetik des Schreckens*, pp. 13-159. Véase también Miriam Hansen, *Ezra Pounds frühe Poetik und Kulturkritik zwischen Aufklärung und Avantgarde* (Stuttgart, 1979); y Frederic Jameson, *Fables of Aggression, Wyndham Lewis: The Fascist as Modernist* (Berkeley, 1979); Helmut Kreuzer, *Die Boheme: Analyse und Dokumentation der intellektuellen Subkultur vom 19. Jahrhundert bis zur Gegenwart* (Stuttgart, 1971).

de las universidades técnicas de Weimar. Tampoco produjeron una tradición cultural que abarcara tres cuartos de siglo.

La razón de la profundidad y la generalización de la tradición modernista reaccionaria en Alemania tenía menos que ver con el capitalismo o la modernidad en general que con la forma que estos movimientos asumían en Alemania. La revolución conservadora debe entenderse a la luz del problema alemán en general, es decir, la debilidad de la democracia y el principio liberal en una sociedad que se industrializaba en alto grado con gran rapidez. Ni los resentimientos antioccidentales ni la pericia tecnológica eran monopolios de los alemanes. Pero en ninguna otra parte coexistían los dos elementos en formas tan completas. Esto explica que el modernismo reaccionario haya pasado a formar parte del nacionalismo alemán, mientras que en otras partes de Europa permanecía como una de las modas y chifladuras de la avanzada cultural. Fue la debilidad de la Ilustración en Alemania, no su vigor, lo que alentó las confusiones referentes a la tecnología que he llamado el modernismo reaccionario. Y fue también la ruta singular (en ese tiempo) de Alemania hacia la modernidad lo que posibilitó el efecto político final de la ideología modernista reaccionaria. Habiendo presentado los antecedentes, ha llegado el momento de examinar las pruebas, principiando por una figura ambivalente, pero central, de la tradición modernista reaccionaria: Oswald Spengler.

III. OSWALD SPENGLER: ANTINOMIAS BURGUESAS, CONCILIACIONES REACCIONARIAS

EL TÍTULO y el contenido de la obra más famosa de Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*, lo destacan como uno de los exponentes principales del talante contrario a la civilización de la crítica cultural en la República de Weimar. La obra está llena del catálogo familiar del antimodernismo, pero también presenta un tema que ha recibido menos atención: la conciliación de los sentimientos románticos e irracionales con el entusiasmo por el avance técnico. Los estrechos lazos personales de Spengler con los industriales alemanes y los revolucionarios conservadores del Club de Junio nutrieron su ambigua síntesis de técnica e irracionalismo que más tarde darían a los ingenieros un papel central en la nueva *élite* cuya tarea era el rescate de Alemania del liberalismo de la República de Weimar.¹ En realidad, Spengler yuxtapo-

¹ Por lo que toca a las conexiones de Spengler con los industrialistas alemanes, véase Walter Struve, "Oswald Spengler: Caesar and Croesus", en *Elites Against Democracy* (Princeton, N. J., 1973), pp. 232-273. Spengler consideraba el uso de títulos menos pesimistas, tales como la "plenitud" de Occi-